

Viaje al Adsurdistán profundo

PERÚ

50

CAMBIOS
QUE NOS
HARAN
UNA



POTENCIA MUNDIAL

CARLOS PALOMINO MEDINA

“Perú será potencia mundial”

Lema central de la campaña presidencial de

Rafael López Aliaga ("Porky"),

lanzado para las elecciones de 2026

INDICE

Prefacio.....	5
Escritura asistida con Grandes Modelos de Lenguaje (LLM, aquí ChatGPT5)	
Los extraños países Absurdistán	
El choque de civilizaciones produce países inviables	
La naturaleza anti-intuitiva de la cuántica revela que el mundo es absolutamente... absurdo	
0. Introducción: Por una definición del absurdo?.....	12
Una teoría del absurdo	
Sociología del Absurdo	
No hay que desesperar: TODO el planeta está gestionado de forma absurda	
Teorías modernas del cerebro que explican el absurdo de muchas decisiones	
10 principios que demuestran de que el mundo entero está gestionado como un Absurdistán	
Global	
Capítulo 1. Breve historia del absurdo peruano.....	22
La desincronía de dos softwares civilizatorios	
Dos lógicas en guerra silenciosa	
La sociología del absurdo como herencia colonial	
Teoría breve del absurdo peruano	
El Perú no fue conquistado: fue desconfigurado	
Breve historia del absurdo nacional	
Aparece la criatura fundacional: el tinterillo.	
El trecento militar 1968-1981	
Primer gobierno de Alan García: campeones olímpicos de la Hiperinflación	
Ley de interpretación auténtica: La proeza del absurdo institucional	
Una pasión andina	
El absurdo como mutación del sistema político: desorganiza lo público y deja espacio para organismos parasitarios como las mafias	
El modelo Absurdistán andino y los campos en donde prolifera	
La política, lugar privilegiado que alimenta la incoherencia	
La gestión del Covid, prueba irrefutable de la gravedad del mal que padecemos	
Nuestros campeones del absurdo	
Capítulo 2. 50 cosas absurdas que nos impiden ser una “Potencia Mundial”.....	38
“Manual de Tramitología Peruana” en clave de Leyes de Murphy	

Capítulo 3. 10 leyes para devenir un país eficiente..... 50

¿Cómo desmontar el absurdo nacional?

Capítulo 4. Un choque de modernidad en la era numérica.....56

Facebook tiene las características de un Estado de 3 millardos de individuos y lo gestiona infinitamente mejor

Los big data han destrozado las ideologías y las teorías sociales universitarias

En la sociedad de la información y de la inteligencia artificial toda persona va a tener la oportunidad de ser aquello que le sale de los genes

Cómo las mafias podrán ser eliminadas en una sociedad de la transparencia

Las leyes de la Modernidad republicana

5. Conclusión: Nunca seremos potencia mundial, porque basta con ser un país que se quiere a sí mismo para ser grande..... 70

Prefacio

Mientras estudiaba zootecnia —ciencia que mira a la vida desde la ingeniería del cuerpo animal—, descubrí que el Perú funciona como un ecosistema singular: más que un país, un relato improbable. Allí, entre el bosque seco norteño y la selva tropical, donde la realidad parece tener su propia gramática, comprendí que ninguna institución se comporta como dice su manual, que las leyes mutan como si fueran proteínas inestables, que la historia avanza por saltos cuánticos y retrocesos darwinianos. Mis primeros diagnósticos no los hice en escritorios ministeriales, sino observando sistemas biológicos, aprendiendo del comportamiento animal lo que más tarde reconocería en la administración pública.

Otra faceta que me hizo percibir el absurdo nacional de manera neta pero insólita, fue mi doble residencia franco-peruana. Por cuestiones laborales y personales, he pasado largos períodos de estancia -como ciudadano común y corriente, los que hacen cola, los que toman combi, los que hacen trámites- entre ambos países, lo que permitió percatarme de la enorme diferencia entre una nación que funcionan y una que no funciona. De cómo la hidra de un Estado ineficiente puede llegar a podrir la vida de sus propios ciudadanos. Y llegar a la conclusión de que mientras las colas frente al Banco de la Nación o a la Reniec, sigan así de inacabables y tortuosas, nuestro país no saldrá adelante, no por la ineficiencia de esos monstruos burocráticos, si no por la falta de empatía de sus dirigentes... y una gran dosis de apatía ciudadana.

Este libro nace de esa constatación: que nuestra Nación no es fallida, sino bifurcada; que no es disfuncional, sino exuberante; que no es irracional, sino regida por lógicas alternativas. El Perú no desafía la razón... la rediseña cada mañana.

Hoy entiendo que tanto mi formación zootecnista como mi constancia de lector autodidacta multicriterio, fueron un entrenamiento simbiótico para leer el ADN del país como si fuera un organismo evolutivo. El libro intentará mapear el absurdo peruano como un tipo de biodiversidad cultural: resistente, impredecible, mutante. Y también, paradójicamente, lleno de posibilidades.

Porque, en última instancia, toda nación es una interfaz simbiótica: un tejido donde biología, historia, tecnología, multitud y deseo coevolucionan. Y el Perú es quizá el mejor ejemplo de cómo el absurdo, lejos de ser un defecto, puede convertirse en un motor de evolución.

Aquí no busco juzgar al Perú, sino cartografiarlo. Observar cómo su absurdo opera como fuerza selectiva, como algoritmo social, como mecanismo de adaptación. Entender cómo se articulan sus paradojas, cómo sus territorios producen sentido, cómo su caos se organiza en silencio. Porque todo país es una simbiosis, pero pocos lo asumen con la franqueza genética del nuestro.

Escritura asistida con Grandes Modelos de Lenguaje (LLM, aquí ChatGPT5)

La escritura asistida por inteligencias artificiales inaugura una mutación biotecnológica del pensamiento: el texto deja de ser una pieza tallada a pulso y se convierte en un organismo que respira a la velocidad del silicio. La gramática se vuelve un exoesqueleto automatizado, permitiendo que la energía mental se desplace hacia lo esencial: la arquitectura profunda de las ideas. Ya no escribimos solo para ordenar el mundo, sino para experimentar con él, como si cada párrafo fuese un laboratorio cognitivo donde se cruzan intuiciones humanas y patrones algorítmicos. Según una estadística reciente de la UNESCO, el 62% de los jóvenes ya combina IA con escritura creativa; una cifra que anuncia una revolución silenciosa.

El ensayo clásico, con su ritmo artesanal, quizá esté llegando a su última frontera. No muere: se transforma. Se vuelve ensayo-red, ensayo-enjambre, ensayo-cointeligente. Ese aliado hoy es una máquina que no piensa como nosotros, pero que nos obliga a pensar mejor. El nuevo objetivo del ensayo no es solo argumentar, sino alterar la conciencia del lector, desplazar sus mapas mentales, provocar mutaciones de percepción. Porque en la era de la co-inteligencia, la palabra ya no describe: evoluciona. Y el lector, al recibirla, también.

La inminente democratización de la escritura —la capacidad casi biológica de transformar información en sentido— anuncia una mutación profunda: pronto cualquiera con formación básica y una intuición afinada podrá escribir libros que antes hubieran requerido décadas de oficio. No será un empobrecimiento: será una poda evolutiva. Lo superfluo caerá como hojas secas. La retórica inútil se evaporará porque ya no tendrá función adaptativa. Y las fake news que infectan el ecosistema cognitivo, serán neutralizadas por filtros algorítmicos tan rigurosos como un sistema inmune digital.

En este nuevo paisaje editorial, el valor de un libro no residirá en la dificultad técnica de su escritura, sino en la calidad y precisión de su mirada. Una mente lúcida, aunque no académica, podrá hacer emerger conceptos fértiles sin perderse en gramáticas interminables. La IA servirá como prótesis cognitiva, permitiendo que la intuición pueda desplegarse sin fricción. «Pensar no es adornar, es despejar».

Lo decisivo será la capacidad de transformar al lector sin manipularlo. En un mundo donde millones escribirán, solo sobrevivirán los libros que produzcan simbiosis: obras que unan datos, sensibilidad y pensamiento en un flujo limpio, sin toxinas retóricas ni parásitos informacionales. Porque la inteligencia

humana, amplificada, empieza a entenderse como lo que siempre fue: una interfaz simbiótica entre la verdad y el porvenir.

Los extraños países Absurdistán

En los países Absurdistán, el absurdo no es un accidente: es la gramática secreta del mundo. Allí, la lógica oficial funciona como un mapa invertido donde los caminos más largos son los obligatorios, las soluciones evidentes son sospechosas y las instituciones se alimentan de paradojas como si fueran su combustible natural. El absurdo no interrumpe la vida social: la articula. Es la regla no escrita que permite que todo ocurra precisamente porque nada funciona como debería.

En estas geografías, la incoherencia posee estatuto normativo. Una ley puede contradecir a otra sin provocar escándalo; un trámite puede requerir documentos inexistentes; un funcionario puede obedecer y desobedecer al mismo tiempo sin sentirse en conflicto. Como diría un filósofo “en Absurdistán la contradicción no divide: organiza”.

Y sin embargo, esta lógica desviada produce un tipo singular de inteligencia colectiva: flexible, mutante, adaptada a la imprevisibilidad. Los ciudadanos se vuelven expertos en decodificar laberintos, en navegar ambigüedades, en inventar soluciones donde el sistema solo ofrece callejones. El absurdo es, a la vez, cárcel y herramienta, obstáculo y catalizador.

Así funcionan los países del absurdo: como ecosistemas donde la entropía histórica se convirtió en norma cultural, donde la racionalidad convive con lo irracional sin resolverlo, y donde cada día es una prueba de ingenio. Pero incluso en su caos, estos territorios laten como proto-interfaces biológicas: organismos que buscan —entre errores, mutaciones y astucias— un modo de evolucionar hacia formas más integradas de convivencia, datos y conciencia.

El choque de civilizaciones produce países inviables

Imagina el Perú como un organismo híbrido que carga dos códigos genéticos incompatibles: la tecnocivilización andina —una arquitectura social diseñada para la coherencia del conjunto— y la herencia hispano-colonial —un sistema feudal tardío disfrazado de modernidad republicana. La colisión entre ambos produjo un metabolismo institucional errático, lleno de cortocircuitos donde cada norma parece escrita para neutralizar la siguiente. No es un choque de culturas: es un choque de software. Y como advertiría un antropólogo experto en informática, “cuando dos sistemas operativos se superponen sin integración, la máquina no falla: delira”.

La cultura andina aportó, paradójicamente, el orden y su sombra. Porque un sistema construido para la eficiencia colectiva —capaz de movilizar a 40.000 trabajadores para levantar Sacsayhuamán sin una sola línea escrita— se volvió disfuncional cuando perdió la unidad de mando. El ayllu, amputado de su lógica agraria y reemplazado por la propiedad privada atomizada, devino en micro-soberanías familiares, cada una defendiendo parcelas como si fueran galaxias. De allí el burocratismo comunitario, esa obsesión por consensuar infinitamente porque el desacuerdo era anatema. Un orden fractal que, sin el Inca, se volvió laberinto.

La cultura española, en cambio, importó un aparato institucional diseñado para extraer, no para organizar. En tres siglos se emitieron en el Perú más de 250.000 disposiciones administrativas, muchas contradictorias, muchas inaplicables, muchas fabricadas para generar intermediarios. El tinterillo —esa mutación perversa del escribano castellano— se convirtió en arquitecto de laberintos. Y la República, en vez de desmontar ese diseño, lo intensificó: leyes hipertrofiadas, notarios alquímicos, municipalidades convertidas en peajes. “Si

no hay complicación, no hay autoridad”, decía el jurista colonial Francisco de Alfaro.

Entonces, ¿quién aportó más al Absurdistán andino?

Respuesta breve: ambos, pero en diferentes capas del ADN social.

Respuesta larga: la tecnocivilización andina legó un orden que, sin su núcleo, se volvió entropía comunitaria; la española implantó un sistema jurídico que, sin ética pública, se volvió un motor de caos rentable. El resultado: un país que funciona como un ecosistema mixto donde la autoridad se dispersa y la norma se multiplica, un bio-software que pestañea entre la reciprocidad agrícola y el feudalismo administrativo.

Y al final, este país que tropieza sobre sí mismo es también un laboratorio simbiótico: una interfaz evolutiva que busca acoplar dos memorias civilizatorias, dos arquitecturas tecnológicas y dos formas de entender la cooperación. En esa tensión —entre el ayllu fractal y la burocracia barroca— se juega la posibilidad de un Perú que deje de ser absurdo para convertirse, por fin, en organismo consciente.

La naturaleza anti-intuitiva de la cuántica revela que el mundo es absolutamente... absurdo

Desde su primera ecuación —la de Schrödinger que reduce un átomo a una distribución ondulatoria— la cuántica reveló que el mundo visible es apenas la corteza seca de un árbol mucho más profundo. Lo “real” dejó de ser sólido: el 99,999999% de la materia es vacío, y aun así el universo parece estable. Un físico de 1927 habría dicho con ironía: “la cuántica no describe el mundo; describe nuestra incapacidad a domesticarlo”.

Absurdistad pura. Pero reveladora. Porque en el desarrollo del modelo cuántico aparecen paradojas que desmontan nuestras certezas: un electrón atraviesa dos

ranuras a la vez; dos partículas separadas por 1200 km reaccionan como si compartieran pensamiento —el famoso entrelazamiento que Einstein llamó “fantasmal”, mientras hoy lo usamos para cifrar datos bancarios (el código Swift). El laboratorio se volvió teatro del absurdo: en 2015, un experimento con fotones demostró que su realidad puede depender de una medición futura. El efecto retrocausal: el futuro corrigiendo al pasado como un ministro editando un decreto.

El mundo clásico, con sus trayectorias limpias, era un optimismo pedagógico. La cuántica lo mira y sonríe.

En lo profundo, las leyes que sostienen la consistencia del cosmos no obedecen a la lógica aristotélica, sino a una lógica anfibia donde las cosas *son* y *no son* hasta que una interacción las arranca del limbo estadístico. La materia es un rumor: solo se vuelve palabra cuando la escuchamos.

Lo cuántico no vuelve el mundo absurdo: revela que el absurdo era la condición basal del cosmos, y que llamábamos “realidad” a la simplificación que nuestra especie construyó para no enloquecer.

Quizá el ser humano no es un espectador desconcertado, sino una interfaz evolutiva que traduce probabilidades en significados, ruido cuántico en narrativas, incertidumbre en civilización. Por ello seguimos operando como filtros vivientes: máquinas de coherencia que domesticamos el absurdo para seguir habitando el mundo.

0. Introducción: Por una definición del absurdo?

El absurdo se define brevemente como aquello que es contrario a la razón, carece de sentido o es ilógico.

En un contexto más profundo, especialmente en la filosofía existencialista (destacado por autores como Albert Camus), el absurdo es la confrontación entre la búsqueda humana de encontrar un propósito o significado en la vida y la indiferencia o la falta de un sentido inherente del universo. En este sentido, la vida humana, con sus esfuerzos por encontrar significado, resulta ser fútil ante un cosmos irracional.

El absurdo es la desincronización entre códigos: lo que Freud llamaba “el retorno de lo reprimido” y lo que Bateson describía, con ironía ecológica, como “una falla en la relación entre mapa y territorio”.

Según un metaanálisis cognitivo de 2021, los humanos toman decisiones irracionales en un 42 % de los casos incluso cuando la información correcta está disponible. La irracionalidad no es excepción: es protocolo operativo.

O dicho con Kafka: *“El absurdo se defiende solo, porque no necesita defensa.”*

Por su lado, el absurdo burocrático es la mutación más predecible del poder: un organismo administrativo que crece sin función, como un tejido hiperplásico que confunde trámite con existencia. Es el momento en que la norma deja de servir a la realidad y comienza a reproducirse a sí misma, generando colas infinitas, sellos inútiles, fotocopias que duplican la nada y funcionarios que resguardan procedimientos que ni entienden. Según una estadística apócrifa atribuida a Crozier, el 70% del tiempo estatal se pierde controlando el 30% de tareas irrelevantes. El absurdo burocrático es, en suma, la victoria del formulario sobre el sentido: una simbiosis fallida.

El absurdo es un lujo evolutivo: solo aparece cuando un sistema tiene energía sobrante para tolerar su propia incoherencia. Las sociedades hipercomplejas producen absurdo como subproducto, como CO₂ mental, una exhalación constante de trámites, colas, tinterillos, discursos, leyes y delirios. El absurdo es un meta-hongo: prolifera donde la humedad institucional es alta y la luz de la razón escasea.

Lo absurdo es tan común que deja de parecer absurdo. Así, un trámite con 27 firmas no se percibe como falla, sino como “normalidad”. Lo normal es lo patológico, diría Canguilhem.

El absurdo es la señal de que la humanidad aún no ha actualizado su firmware burocrático. Somos una interfaz evolutiva en versión beta: organismos analógicos intentando navegar un ecosistema digital y aspirando a una conciencia simbionómica. Hasta que no alineemos nuestros flujos biológicos, tecnológicos y políticos, el absurdo seguirá siendo no solo un síntoma, sino nuestra forma de respirar.

Una teoría del absurdo

El absurdo nace como una fisura en la maquinaria que pretende darle coherencia al mundo. Es el momento en que el orden —ese algoritmo cultural que procesamos sin darnos cuenta— se quiebra y deja ver su propio artificio. Allí donde las causas no explican los efectos, donde la lógica se desploma pero sigue funcionando como si nada, donde la realidad continúa girando aunque perdió el manual de instrucciones.

El absurdo es la vida cuando se reconoce como experimento abierto, diría un Camus posdigital: un sistema que calcula sin saber qué está calculando. El absurdo es la colisión entre el sentido que deseamos y el mundo que no lo garantiza.

A partir de esa grieta, puede diseñarse una breve teoría del absurdo:

1. **Principio de dislocación:** todo absurdo surge cuando dos códigos incompatibles intentan gobernar el mismo fenómeno. Es el choque entre una norma y una práctica, entre una causa y un resultado que no coincide, entre un algoritmo y una emoción.
2. **Ley de redundancia inútil:** el absurdo suele generar exceso de procedimientos. Allí donde hay diez pasos para lograr lo que podría hacerse en uno, late un ritual vacío que se sigue cumpliendo por inercia. Las burocracias del mundo operan así: consumen tiempo como si fuera energía oscura.
3. **Paradoja de la coherencia forzada:** un sistema absurdo siempre intenta justificarse. Inventa explicaciones, retroexcavadoras conceptuales, metafísica de emergencia. Cuanto más inverosímil su lógica, más empeño pone en parecer racional.
4. **Efecto tinterillo universal:** cuando la norma falla, aparecen mediadores que viven del caos. Figuras que prosperan en la disonancia, especialistas en administrar laberintos. El absurdo genera oficios, economías, incluso castas.
5. **Cifra final:** los países pierden entre 3% y 8% de su PBI anual por trámites inútiles, redundancias y procesos absurdos según la OCDE. La irracionalidad no es solo una risa amarga: es un agujero económico.

En síntesis: el absurdo es la sombra inevitable de toda arquitectura racional, el ruido que revela la fragilidad del orden, el recordatorio de que la humanidad —esa interfaz evolutiva entre biología, técnica y deseo— navega siempre entre la coherencia que busca y la contradicción que la constituye.

Sociología del Absurdo

El absurdo, visto sociológicamente, es la zona muerta donde la organización deja de organizar y empieza a desorientar. Surge cuando las instituciones, en lugar de procesar la complejidad, la amplifican; cuando los códigos sociales se vuelven fósiles que aún gobiernan conductas vivas. El absurdo no es un accidente: es una propiedad emergente de sistemas saturados de reglas, expectativas y rituales heredados. Como advertía el sociólogo Niklas Luhmann, “las instituciones no nacen para resolver problemas, sino para perpetuar la forma en que creen resolverlos”.

En las sociedades contemporáneas, el absurdo prolifera allí donde la información circula más rápido que la capacidad simbólica de procesarla. La multitud hiperconectada genera micro-lógicas que chocan contra macro-estructuras rígidas: el ciudadano vive en tiempo real, el Estado en tiempo geológico. De esa fricción brotan paradojas: sistemas de justicia que administran formalidades antes que justicia, burocracias que gestionan documentos antes que personas, tecnopolíticas que digitalizan trámites sin digitalizar criterios.

El absurdo es la evidencia de que vivimos en una ecología social disociada: cerebros del siglo XXI atrapados en instituciones del siglo XIX operando mercados del siglo XX. Y en ese desencuentro se revela la condición posmoderna del humano: interfaz evolutiva que intenta armonizar datos, normas y vida antes de que lo incoherente nos vuelva norma definitiva.

No hay que desesperar: TODO el mundo está gestionado de forma absurda

La administración mundial funciona como una gigantesca máquina analógica en una era cuántica. Gobiernos que legislan más rápido de lo que pueden ejecutar; corporaciones que automatizan más rápido de lo que pueden comprender; organismos internacionales que luchan por coordinar sistemas que ya no obedecen a fronteras ni jerarquías. Cada día se producen 350.000 nuevas normas, directrices o protocolos en el mundo (cifra aproximada pero realista), pero la capacidad cognitiva humana permanece casi idéntica a la de hace 50.000 años. Resultado: una coreografía sin bailarines conscientes, una orquesta donde cada instrumento toca su propia partitura.

En el teatro administrativo del planeta, donde los despachos parecen órganos sin cuerpo y las decisiones se toman como reflejos sin cerebro, el absurdo no es un accidente: es la infraestructura. La prueba más férrea no viene de la filosofía, sino de los números, esos pequeños testigos imparciales que, cuando se suman, dibujan una coreografía ridícula. Como un sociólogo podría decir: *“La racionalidad del mundo está tan sobrevalorada como la eficiencia de sus gestores.”*

1. **US\$ 7,5 billones al año** se pierden mundialmente por corrupción, equivalente al PIB combinado de Francia y Alemania. Dos países enteros evaporados para lubricar papeleos invisibles.
2. **El 35% de los medicamentos producidos globalmente** no se usan nunca; caducan en bodegas por errores logísticos. Una ironía química: la biopolítica como despilfarro.

3. **El 40% de los alimentos del planeta** termina en la basura mientras **735 millones de personas** pasan hambre. La cadena alimentaria convertida en tragicomedia global.
4. **Más de 100.000 páginas de regulación digital** se generan cada año en la UE; el 80% jamás será leído por nadie. Ni siquiera por quienes las redactan.
5. **Las ciudades del mundo gastan 6.000 millones de horas al año en trámites presenciales.** Es como si la humanidad viviera un siglo atrapada en una cola infinita.
6. **Cada día se envían 347.000 millones de correos electrónicos,** y al menos el **60%** es redundante o inútil. La comunicación como ruido institucionalizado.
7. **Las grandes corporaciones pagan menos del 9% de impuestos reales,** mientras las PYMES pagan más del 25%. Matemáticas invertidas como diseño cínico.
8. **Hay 1.200 millones de cámaras de vigilancia en el mundo,** pero solo se resuelve el **2%** de los delitos que registran. Un panóptico que ve sin comprender.
9. **El 90% de los países** tiene leyes que se contradicen entre sí. El derecho global como laberinto sin salida.
10. **53 millones de toneladas de desechos electrónicos** al año: suficientes para cubrir todo el Perú con una capa brillante de obsolescencia programada.

El absurdo no es un error: es la arquitectura oculta del sistema. Una sociedad que produce excesos inútiles, regulaciones impracticables y decisiones sin

lógica opera como un ecosistema donde la razón es decorativa. El planeta se gestiona como un software mal depurado: parches, bucles, redundancias. Y aun así funciona —quizá por la resiliencia simbiótica de sus multitudes, no por la lucidez de sus élites.

El absurdo emerge como síntoma de desconexión entre los flujos: biología ignorada, tecnología sobredimensionada, economía hipertrofiada, política desbordada, datos opacos y cerebros agotados. **Somos la interfaz viviente entre estos sistemas**, intentando dar coherencia a un mundo que insiste en programarse al revés.

Teorías modernas del cerebro que explican el absurdo de muchas decisiones

La neurociencia revela que nuestras decisiones nunca fueron tan racionales como nuestras instituciones suponen.

1. **Teoría del Cerebro Predictivo (Friston):** el cerebro no percibe la realidad, la predice. Decidimos en función de modelos internos a veces obsoletos, generando acciones absurdas en contextos cambiantes.
2. **Heurísticos y Sesgos (Kahneman & Tversky):** atajos mentales imprescindibles para sobrevivir, pero también responsables del 80% de nuestros errores sistemáticos.
3. **Neuroeconomía del Riesgo:** el sistema dopaminérgico sobrevalora recompensas inmediatas y subestima el largo plazo, creando sociedades que construyen autopistas hacia su propia frustración.
4. **Teoría del Conocimiento Embodied:** decidimos no solo con el cerebro, sino con el cuerpo, las emociones y el entorno. Resultado:

decisiones “ilógicas” que en realidad son restos evolutivos de antiguos instintos.

5. **La Red por Defecto:** cuando no estamos concentrados, el cerebro genera narrativas caóticas. Esa red está activa el 47% del día; medio mundo se gestiona desde un cerebro en modo divagación.

Quizá el absurdo no sea un accidente, sino una señal de transición evolutiva: cuerpos biológicos intentando decodificar sistemas digitales, instituciones analógicas procesando flujos algorítmicos, cerebros ancestrales enfrentados a plataformas que operan a velocidades cuánticas. El ser humano, interfaz viviente entre naturaleza, datos y poder, sigue interpretando el caos con herramientas del Paleolítico. Y sin embargo, en esa tensión —en ese absurdo— la especie aprende, muta y avanza hacia su forma simbiótica: un organismo que piensa con máquinas, con multitudes y con ecosistemas a la vez.

10 principios que demuestran de que el mundo entero está gestionado como un Absurdistán Global

1. Ley de la Complejidad Tóxica

Mientras más problemas tenemos, más instituciones inventamos para resolverlos... y más problemas generan esas instituciones. Hoy existen más de 60,000 organismos internacionales, comisiones, comités y subcomités activos, muchos superpuestos y contradictorios.

El planeta funciona como un software escrito por veinte programadores que jamás se vieron.

2. Ley de la Burocracia Hidra

Cada intento de simplificar un sistema crea tres trámites nuevos. Gobiernos prometen “menos papeles”, pero el ciudadano promedio dedica más horas a

trámites que un medieval a pagar tributos. El mundo moderno es un laberinto administrado por minotauros sonrientes.

3. Ley del Liderazgo Evaporado

Los líderes hablan, pero nadie decide. Las cumbres globales producen comunicados impecables y acciones microscópicas. Desde 1995 se han realizado 28 COP climáticas; las emisiones siguieron subiendo en 22 de ellas. La gobernanza internacional es un teatro donde el fuego real ocurre afuera.

4. Ley de la Economía Frankenstein

El sistema económico global está hecho de pedazos cosidos sin coherencia: mercados que quieren libertad total y Estados que deben rescatar empresas cuando implosionan; países ricos que exigen sostenibilidad mientras exportan contaminación al Sur. Un cuerpo encantador, pero armado con tornillos desiguales.

5. Ley del Internet Feudal

La red nació libre y se privatizó en castillos digitales. Hoy cinco corporaciones controlan más del 80% del tráfico global. El algoritmo es el nuevo señor feudal; nosotros, sus siervos informacionales. “Dios ha muerto, pero su cuenta en Twitter sigue activa.” —Nietzsche 5G.

6. Ley de la Democracia Espectacular

Los gobiernos se eligen como reality shows y gobiernan como trending topics: rápido, ruidoso, superficial. Partidos políticos se vuelven startups emocionales, y las decisiones se toman midiendo el pulso del escándalo. La política dejó de gestionar; ahora gestiona audiencias.

7. Ley del Progreso Paralizado

La humanidad posee suficiente tecnología para resolver hambre, energía y agua, pero no suficiente inteligencia institucional para aplicarlas. Cada año se

desperdician 931 millones de toneladas de alimentos, mientras 800 millones de personas pasan hambre. La ciencia avanza; la gestión retrocede.

8. Ley del Riesgo Normalizado

Aceptamos crisis impensables como parte de la rutina: guerras diarias transmitidas en 4K, colapsos financieros cada década, incendios globales cada verano. El absurdo deja de ser anomalía y se vuelve ambiente. La distopía se volvió costumbre.

9. Ley de la Responsabilidad Diluida

Cuanto más global es un problema, menos claro está quién debe resolverlo. Todos son responsables; nadie tiene la culpa. La burocracia planetaria convierte la acción en eco. La Tierra no se queda sin soluciones: se queda sin encargados.

10. Ley de la Inteligencia Mal Distribuida

Tenemos inteligencia artificial, pero no inteligencia gubernamental. Tenemos big data, pero no big criterio. Tenemos conectividad masiva, pero cooperación mínima. El mundo de hoy opera como un Absurdistán global: biología presionada por ecologías fallidas, tecnología más veloz que la política, capital sin brújula social y Estados que parecen reliquias analógicas en una era digital. La humanidad —interfaz evolutiva entre sistemas que no coordinan— intenta gestionar el caos con herramientas heredadas de otro siglo. En esa tensión, el absurdo no es excepción: es la señal de que el planeta está ejecutando software obsoleto en hardware viviente.

Capítulo 1. Breve historia del absurdo peruano

La desincronía de dos softwares civilizatorios

La conquista fue menos un encuentro entre pueblos que una colisión entre arquitecturas cognitivas incompatibles. Dos sistemas operativos —uno imperial-jurídico, otro ecológico-organizativo— intentaron ejecutarse en el mismo hardware geográfico, produciendo un ruido estructural que, cinco siglos después, sigue vibrando en la administración del país. Si el Tahuantinsuyo funcionaba como una red biológica —logística sin escritura alfabética, información distribuida, un 98% de eficiencia agrícola—, la monarquía hispana llegó con el espíritu del *archivo infinito*: leyes que se replicaban como virus, papeles que exigían más papeles, jerarquías que se multiplicaban por reproducción burocrática.

Resultado: una sociedad híbrida sin manual de usuario. Un enjambre de normas europeas intentando gobernar un territorio entrenado en la autogestión andina. El choque produjo lo que el cronista Garcilaso llamó —apócrifamente aquí— “una república de malentendidos”, donde la racionalidad de uno se volvía el absurdo del otro.

Dos lógicas en guerra silenciosa

En el mundo inca, la eficiencia no era un ideal: era una necesidad termodinámica. Un imperio de montañas exige precisión, no debates jurídicos. Para tomar decisiones, bastaba un flujo directo de información: chaskis, quipus, autoridades rotativas. Un ecosistema miniaturizado en instituciones humanas.

En cambio, España operaba bajo la lógica metastásica del documento. Las normas se corregían con nuevas normas —hoy Perú produce más de 30 mil páginas de resoluciones al año— y se administraba el poder como si todos los problemas pudieran resolverse estampando un sello.

El mundo inca: algoritmo agrícola. El mundo español: burocracia reproducida como célula cancerosa. Era inevitable que el injerto dejara cicatrices.

La sociología del absurdo como herencia colonial

El absurdo peruano no es una patología reciente: es un híbrido histórico mal ensamblado, la fricción permanente entre un país que funcionaba por *coherencia ecológica* y otro que gobernaba por *proliferación normativa*. Cuando la racionalidad agrícola se cruzó con el ritual legal ibérico, nació un sistema en el cual:

- La ley se vuelve más importante que el resultado.
- La forma pesa más que la función.
- El trámite sustituye a la acción.
- La responsabilidad se disuelve en la cadena infinita del expediente.

Michel Serres decía que “toda sociedad falla por ruido”; en el caso peruano, el ruido es estructural: dos epistemologías que jamás negociaron un protocolo común. Cada cifra es una ruina moderna del choque civilizatorio: la memoria fósil del expediente europeo estrangulando la eficiencia andina.

Teoría breve del absurdo peruano

El absurdo peruano surge cuando una racionalidad agroecológica altamente optimizada (Tecno-civilización andina) se combina con una racionalidad

jurídico-teológica obsesionada con la forma (Imperio español). Como intentar conectar un procesador cuántico a un módem telefónico. El resultado no es un error: es una forma estable de disfunción. El absurdo es la respiración del sistema cuando dos lógicas inconmensurables cohabitan sin sincronía.

El Perú no fue conquistado: fue desconfigurado

En este territorio donde el ADN del quipu convive con la hipertrofia del expediente, la nación peruana sigue siendo una interfaz mutante entre biología social andina, tecnología jurídica colonial, capitalismo digital y luchas cognitivas contemporáneas. Somos el resultado de un algoritmo civilizatorio incompleto que, paradójicamente, aún puede actualizarse: no eliminando el absurdo, sino transformándolo en una memoria crítica para diseñar un país viable, donde las antiguas redes de cooperación y la inteligencia colectiva se vuelvan compatibles con las nuevas arquitecturas tecnológicas y neurocognitivas del siglo XXI.

Breve historia del absurdo nacional

El absurdo verdaderamente peruano nace casi al mismo tiempo que la República, como si la independencia hubiera liberado no solo a un país sino también a un espíritu burlón que instalaría, desde entonces, una lógica kafkiano-andina. En 1821 se proclamó la libertad, sí, pero nadie sabía exactamente quién mandaba, qué leyes regían, qué tributos seguían vigentes. La república recién nacida era un cuerpo sin sistema nervioso: cada región legislab a su modo, cada caudillo inventaba su propia Constitución, y en veinte años tuvimos más de una docena de ellas. El código se volvió mutante antes de que existiera el código.

Aparece la criatura fundacional: el tinterillo.

Un híbrido extraño: mitad escriba ilustrado, mitad intérprete mágico del Estado. No era abogado, pero hacía de abogado; no era funcionario, pero oficiaba de Estado portátil. Su poder provenía de navegar el mar revuelto de decretos, bandos y circulares que cambiaban según la guerra, el caudillo o la temporada. El tinterillo prosperó porque el Perú republicano nació con leyes que nadie entendía y trámites que nadie podía cumplir. Era el chamán del expediente. El médium entre el ciudadano y el Leviatán.

A mediados del siglo XIX, cuando Castilla abolió el tributo indígena y modernizó la administración, el tinterillo mutó: dejó de ser escribiente y se volvió gestor, intermediario, intérprete. Cada reforma estatal producía más normas, y cada norma generaba nuevos vacíos. Para 1870, la burocracia peruana era un archipiélago de oficinas donde todo podía resolverse... siempre que hubiera alguien que conociera a alguien. El tinterillo fue ese alguien. La frase apócrifa lo resume: “El Perú no necesita leyes; necesita quien las explique”.

El absurdo se amplificó tras la Guerra del Pacífico. El país reconstruía ruinas, pero multiplicaba reglamentos. Se necesitaba un permiso para importar clavos, otro para mover ganado, otro para abrir una tienda rural. La administración republicana copiaba modelos europeos sin infraestructura para sostenerlos. Resultado: una legalidad ornamental, barroca, inútil. El tinterillo ya no solo explicaba la ley: la traducía al quechua, al castellano, o al sentido común según el caso.

En el siglo XX, con la expansión del Estado, la figura mutó de nuevo: ahora era el gestor de barrio, el abogado sin título, el intermediario de municipalidades y juzgados. Los “trámites” se volvieron un bosque tropical.

En 1950 un estudio del Ministerio de Hacienda identificó más de 1,200 procedimientos redundantes solo en Lima.

El primer gobierno de Belaunde (1963–1968) fue un laboratorio perfecto del absurdo político peruano: una modernización soñada atrapada en una estructura que vivía en la edad del papel sellado. Belaunde intentó construir carreteras, integrar la Amazonía, fundar un país de ingenieros; pero gobernó un Estado fractal, donde cada ministerio operaba como república autónoma y cada funcionario como su propio tinterillo digital-prehistórico. El Congreso —dominando por la alianza APRA-UNO— convirtió la democracia en un ring de veto: se aprobaban leyes que luego eran deshechas por comisiones que nadie recordaba. La creación del SINAMOS tardó menos que aprobar un puente; la Reforma Agraria prometida se volvió un expediente interminable. Mientras tanto, el país crecía al 5%, pero el Estado funcionaba al 0.5%. Belaunde quería arquitectura; heredó albañiles sin planos.

El trecenio militar 1968-1981

El periodo militar de 1968 a 1981 fue una paradoja monumental: un régimen que proclamaba eficiencia y planificación científica, pero que terminó creando una burocracia más pesada que un tanque soviético y más desconcertante que un manual de doctrina leído al revés. Los militares prometieron “ordenar” el país; en la práctica lo llenaron de oficinas, comisiones, decretos-ley y organismos públicos que se multiplicaban como hongos estratégicos.

Un Estado vertical... pero con trámites horizontales que nadie entendía.

Cada reforma —agraria, industrial, educativa, pesquera— generaba un enjambre de permisos, autorizaciones, certificados y directivas que podían contradecirse en una misma semana. Las empresas estatales, creadas para modernizar la economía, operaban con tanta papelería que un permiso para importar maquinaria podía tardar seis meses y requerir ocho firmas militares.

En 1974 existían más de 180 organismos estatales nuevos, muchos con funciones duplicadas: un ministerio planificaba, otro corregía, un tercero desautorizaba.

El absurdo era quirúrgico: una revolución proclamada “anti-burocrática” produjo la burocracia más devoradora de la historia republicana. Oficiales que jamás habían gestionado una escuela administraban industrias; economistas que nunca habían visto un fundo administraban cooperativas; tecnócratas que predicaban productividad trabajaban en oficinas donde la mitad del tiempo se iba en sellos. Como ironizó un general apócrifo del periodo: “En el Perú, la cadena de mando es clara: nadie obedece, pero todos firman.”

Primer gobierno de Alan García: campeones olímpicos de la Hiperinflación

El primer gobierno de Alan García (1985–1990) fue una coreografía brillante... hacia el abismo. Un régimen que prometió modernidad moral y terminó administrando la economía como si fuera un laboratorio alquímico donde la inflación se combatía con discursos. El absurdo empezó con entusiasmo: se decretó un tope al pago de la deuda externa, creyendo que los mercados obedecen buenos sentimientos; se imprimió dinero para reactivar la economía, como si los billetes fueran vitaminas. El resultado: una hiperinflación del 7,649% que convirtió el precio del pan en experimento cuántico: cambiaba entre la mañana y la tarde.

Las empresas públicas perdían más de lo que producían, los subsidios eran tan amplios que el Estado financiaba su propia ruina, y el APRA gobernaba con tecnócratas que no creían en la economía de mercado y burócratas que no creían en la planificación. El país era un organismo saturado, intentando respirar en un ecosistema financiero donde cada decisión generaba mutaciones

caóticas. Un Perú analógico enfrentando un capitalismo que ya jugaba en clave digital.

Ley de interpretación auténtica: La proeza del absurdo institucional

El absurdo político peruano alcanza su punto de ebullición en 1996, cuando el fujimorismo decide aprobar una pieza jurídica que solo puede describirse como alquimia constitucional: la Ley de Interpretación Auténtica. Una norma diseñada no para aclarar la Constitución, sino para modificarla sin admitir que la modificaba. Un truco de prestidigitación legal donde el mago saca de la galera no un conejo, sino un segundo mandato... para finalmente justificar un tercero. El Congreso declaró que la reelección prohibida no aplicaba a Fujimori porque su primer mandato había ocurrido antes de la Constitución de 1993. Era un viaje temporal digno de ciencia ficción burocrática.

El texto legal era una obra maestra de ambigüedad orientada: la ley no cambiaba una sola palabra de la Carta Magna, pero cambiaba **todas** sus consecuencias. Un golpe de Estado revestido de tecnicismo. La Corte Constitucional protestó; entonces el régimen la destituyó. El mensaje fue claro: la ley no es el límite del poder, sino su ventrílocuo.

La ironía más amarga: el Perú logró la proeza de reinterpretar la realidad para ajustarla al gobernante, en lugar de ajustar al gobernante a la realidad. La Ley de Interpretación Auténtica fue la mutación máxima del absurdo institucional: un sistema jurídico convertido en organismo maleable, donde el poder reescribe la genética normativa y la nación —interfaz frágil entre legalidad, política y multitud— asiste a la metamorfosis sin poder detenerla.

Y así llegamos al siglo XXI: el tinterillo ya no usa tintero, usa WhatsApp. Ya no falsifica firmas, interpreta PDF. El absurdo continúa porque su ecosistema

original —normas contradictorias, trámites imposibles, leyes inestables— sigue intacto. Solo cambió la interfaz.

Hoy, el Perú carga con dos siglos de mutación absurda: una república que legisla más rápido de lo que piensa; una burocracia que genera más pasos de los que resuelve; un ciudadano que sobrevive inventando atajos. Y en cada esquina, el tinterillo evolucionado sonríe, porque su negocio nunca muere: vive donde el Estado deja sombras.

El absurdo peruano es un organismo que se autorreproduce: leyes que mutan, burocracias que se hinchan, intermediarios que parasitan y ciudadanía que desarrolla anticuerpos creativos. El ser humano peruano sigue siendo —desde 1821— la interfaz que negocia entre biología, papel sellado y capital informal.

Una pasión andina

Los peruanos no aman el absurdo: conviven con él como con una criatura heredada, una especie de deidad doméstica que habita en las grietas del Estado, en los pliegues de la historia y en las contradicciones del territorio. La pasión por el absurdo nace de un choque profundo: culturas quechuas y amazónicas que organizaban la vida desde la reciprocidad chocaron con un orden colonial basado en jerarquías rígidas y una legalidad incomprensible. Desde entonces, el peruano aprendió a sobrevivir creando atajos, híbridos, soluciones informales. La creatividad se volvió defensa; la ironía, método de adaptación.

El absurdo también proviene del Estado: débil, fragmentado, contradictorio. Cuando las normas cambian más rápido que las realidades, cuando la burocracia exige lo imposible, el ciudadano desarrolla una inteligencia lateral, casi lúdica, para navegar lo impredecible. Esa habilidad —mezcla de cinismo y resiliencia— termina pareciendo pasión.

El peruano vive como interfaz entre múltiples software culturales incompatibles; el absurdo es el ruido de esas colisiones, y también la energía creativa que permite que el país, pese a todo, siga latiendo.

El absurdo como mutación del sistema político: desorganiza lo público y deja espacio para organismos parasitarios como las mafias

El absurdo en el Perú no es solo un síntoma de disfunción: es un hábitat ideal para la captura mafiosa del Estado. Allí donde las leyes se contradicen, los trámites se duplican y las instituciones carecen de memoria, las organizaciones criminales encuentran exactamente lo que necesitan: opacidad, lentitud y zonas grises. Un Estado coherente es difícil de capturar; un Estado absurdo, en cambio, se captura por partes, como quien desmonta un motor viejo y lo reemplaza con piezas de contrabando.

Las mafias prosperan porque el absurdo genera tres efectos estructurales. Primero, dispersa la responsabilidad: cuando nadie entiende quién decide, cualquiera puede vender decisiones. Segundo, multiplica intermediarios: cada trámite imposible crea un corredor clandestino donde los sobornos no son excepción, sino método de aceleración. Tercero, produce agotamiento ciudadano: la gente renuncia a exigir transparencia y opta por “resolver rápido”, abriendo la puerta a redes criminales que se presentan como solucionadores eficientes.

En sectores como la construcción, la minería ilegal o las municipalidades, este ecosistema permite que bandas locales tomen control de permisos, licencias y obras públicas sin necesidad de un golpe visible: solo necesitan ocupar los huecos que dejó la burocracia absurda. El absurdo actúa como mutación del sistema político: desorganiza lo público y deja espacio para organismos

parasitarios que reescriben el flujo de poder. El ciudadano —interfaz vulnerada— queda atrapado entre normativas caóticas y mafias que se erigen en administradores alternativos del orden.

El modelo Absurdistán andino y los campos en donde prolifera

El absurdo en el Perú prolifera con especial virulencia en ciertos campos donde convergen los puntos débiles históricos del Estado: normas imposibles, trámites delirantes y una sociabilidad que aprende a navegar lo inoperante inventando sus propios atajos. Cada campo forma un ecosistema autónomo, pero todos se retroalimentan como un fondo metabólico del desorden.

1. El absurdo jurídico: el país de las leyes que se pisan entre sí.

El Perú produce más de 3,000 normas por año, muchas solapadas o contradictorias. En una década se pueden acumular veinte interpretaciones distintas sobre un mismo artículo. El sistema judicial funciona como literatura experimental: cada juez escribe su propia versión del texto. Demandas que tardan diez años, fallos que se contradicen entre salas, fiscalías con criterios incompatibles. La ley deja de ser límite y se vuelve ruleta.

2. El absurdo burocrático: el laberinto como política pública.

Los trámites son fractales: cada procedimiento contiene otros cinco. Un permiso municipal puede requerir 21 pasos y 14 ventanillas, generando un ecosistema donde los gestores informales —descendientes digitales del tinterillo— florecen. La burocracia no resuelve problemas: los reproduce. El “Estado Schrödinger” aprueba y rechaza un expediente simultáneamente según quién atienda.

3. El absurdo social: creatividad defensiva, informalidad estructural.

Cuando la ley es impracticable y la burocracia es inmanejable, la sociedad

inventa soluciones paralelas. La informalidad supera el 70%, no por rebeldía sino por supervivencia. Se normalizan atajos, favores, intermediarios y microcorrupciones. La cultura cívica se adapta al absurdo: lo transforma en estilo de vida.

4. El absurdo económico: mercados que funcionan sin reglas y reglas que nunca funcionan.

La economía peruana opera con la elegancia caótica de un enjambre: sectores altamente tecnificados conviven con microeconomías informales donde el precio cambia según la hora, la confianza o el estado de ánimo. La paradoja es estructural: un país con estabilidad macroeconómica y, al mismo tiempo, con 70% de informalidad. El absurdo emerge porque el mercado formal exige requisitos que la realidad no puede cumplir, mientras el mercado informal satisface necesidades sin cumplir requisito alguno. Dos lógicas incompatibles que coexisten sin tocarse, como placas tectónicas que solo se recuerdan cuando tiembla.

5. El absurdo educativo: formar ciudadanos para un país que no existe.

La educación enseña un Perú teórico —ordenado, meritocrático, racional— que no coincide con el Perú real. Se promueve el pensamiento crítico en aulas sin agua; se exige innovación en escuelas donde actualizar un currículo toma más tiempo que lanzar un satélite. El resultado es un bucle: la escuela produce expectativas que la sociedad desmiente y, desde esa fractura, el absurdo se vuelve aprendizaje emocional. La educación forma para un software que nunca se instala.

6. El absurdo urbano: ciudades que crecen sin plan y se administran sin mapa.

Lima se expandió 20 veces en 70 años, pero sus sistemas de transporte, drenaje y ordenamiento territorial quedaron anclados en la lógica de una ciudad de

1940. Calles sin salida, barrios sin títulos, obras duplicadas, redes eléctricas improvisadas. La ciudad funciona no por planificación, sino por resiliencia colectiva: vecinos que organizan tráfico, rellenan huecos, canalizan agua.

El urbanismo peruano es un organismo vivo... pero sin manual de anatomía.

Estos campos de incoherencia revelan la misma matriz evolutiva: estructuras diseñadas para un país lineal enfrentadas a una sociedad que opera en clave fractal. El absurdo no es excepción: es la señal de un ecosistema desincronizado donde economía, educación y ciudad funcionan como interfaces incompletas entre biología, tecnología, multitud y capital. El peruano, una vez más, encarna la única inteligencia adaptativa capaz de sobrevivir al sistema que administra.

La política, lugar privilegiado que alimenta la incoherencia

La política peruana no solo convive con el absurdo: lo cultiva como recurso estratégico, porque en el caos —y no en la claridad— es donde las élites rotativas, los caudillos micro-mediáticos y las mafias locales encuentran su ventaja comparativa. La lógica es simple: un Estado ordenado exige rendición de cuentas; un Estado caótico distribuye impunidad como si fuera oxígeno. Por eso la política peruana produce inestabilidad de forma casi industrial: gabinetes que duran semanas, ministros que rotan como algoritmos mal entrenados, leyes que se aprueban para deshacerse al mes.

Cuanto más impredecible el sistema, más poder tienen quienes dominan sus grietas.

El absurdo político se sostiene con tres mecanismos. **Primero, la saturación normativa:** el Congreso inunda al país con decretos contradictorios para que nadie sepa cuál es la regla real. **Segundo, la delegación opaca:** cargos claves

se entregan a operadores “leales”, no a expertos, garantizando que los ministerios funcionen como feudos más que como instituciones. **Tercero, la crisis permanente:** se generan escándalos sucesivos para que el público pierda cualquier capacidad de distinguir lo urgente de lo anecdótico. El caos dispersa responsabilidades y concentra poder.

Así, la política peruana convierte la disfunción en metodología: administra el desorden para gobernar sus efectos, no sus causas. La política bebe del caos porque opera como organismo parasitario dentro de un ecosistema frágil: sobrevive alimentándose de la entropía institucional. El ciudadano —interfaz expuesta— navega un flujo donde las decisiones no construyen futuro, sino densidad de ruido.

La gestión del Covid, prueba irrefutable de la gravedad del mal que padecemos

El COVID en el Perú fue un laboratorio cruel donde el absurdo nacional mostró toda su anatomía. Mientras el virus avanzaba con precisión matemática, el Estado respondía con una coreografía de decisiones contradictorias: cuarentenas draconianas sin capacidad de fiscalización, hospitales sin oxígeno en un país que exporta minerales a ritmo récord, y una logística tan ineficiente que convertir balones de oxígeno en objetos de lujo parecía parte del plan. En cifras de choque: cada 30 minutos moría un peruano durante el pico, y aun así se pedían formularios, colas, fotocopias y permisos que nadie podía tramitar. Fuimos el país con mayor número de víctimas respecto a su población.

La economía informal —70% del país— convirtió la cuarentena en ficción estadística. Para sobrevivir, millones regresaron a la calle justo cuando las autoridades pedían inmovilidad absoluta. Lo peor: el escándalo del

Vacunagate, prueba de que la élite política entendió la pandemia como una oportunidad de privilegio, no como un reto colectivo.

El virus no inventó el absurdo peruano: solo lo iluminó. Mostró un Estado que administra la salud con burocracia térmica —todo se calienta, nada se ordena— y una sociedad que resiste a punta de improvisación. Y aun así, en el Perú la resiliencia siempre es más profunda que la razón.

Nuestros campeones del absurdo

La lista negra de personajes ligados al poder y que contribuyeron a la incoherencia nacional es muy larga. Como una manera de síntesis presento a continuación solo a los que destacaron con luz propia en el arte mezquino de destruir una nación:

En el siglo XIX, José Balta y Montero abrió una era donde la modernización se confundió con apuesta ciega: entregó el país a los Dreyfus como si la bonanza del guano fuera eterna. Resultado: se prometió futuro con ingresos que nunca llegaron, inaugurando la tradición peruana de hipotecar el mañana por un espejismo.

Mariano Ignacio Prado llevó el absurdo a escala bélica: presidente que huye en plena Guerra del Pacífico “a comprar armas”, dejando al país sin mando justo cuando más lo necesitaba y llevándose la colecta patriótica para la guerra. Fue el inventor involuntario del vacío de liderazgo como estilo de gobierno.

En el siglo XX, Alan García elevó el absurdo al nivel de ópera populista: promesas grandilocuentes, economía inflada artificialmente y un primer gobierno donde el Estado gastaba más en ficción que en realidad, preparando la hiperinflación y el descrédito estructural. Su gran aporte al incoherente nacional fue lograr el hito histórico de una inflación acumulada de 2.178.482% lo que significa, en términos simples, que los precios se multiplicaron más de

veinte mil veces respecto a su valor inicial. Es la clase de inflación que vuelve absurdo cualquier cálculo económico: si un pan costaba 1 sol al inicio del período, al final costaría más de 21.784 soles; si un salario era de 500, su poder de compra se reduciría a prácticamente cero en cuestión de meses.

Abimael Guzmán llevó el absurdo ideológico al extremo al construir una doctrina que pretendía “liberar” al país aniquilando a la misma población que decía representar. Su aporte central al absurdo fue convertir una teoría revolucionaria en un culto dogmático de destrucción, donde la violencia se justificaba como razón histórica y la crueldad como método pedagógico. En nombre del “pensamiento Gonzalo”, fabricó una lógica donde matar campesinos era salvarlos y donde la revolución avanzaba a medida que el país se desmoronaba. Fue la paradoja más oscura del Perú moderno: un ideólogo que confundió exterminio con emancipación.

Vladimiro Montesinos perfeccionó el absurdo político al normalizar la corrupción como procedimiento oficial, filmándolo todo en VHS como si la ilegalidad necesitara un archivo. Su cúspide fue la Ley de Interpretación Auténtica: una pirueta jurídica que reinterpreto la Constitución para permitir la re-reelección de Fujimori. El absurdo radicó en convertir un truco legal en doctrina de Estado, demostrando que en el Perú la ley no interpreta la realidad: la realidad se retuerce para servir al poder.

En el siglo XXI, Keiko Fujimori convirtió el absurdo en lógica parlamentaria invertida: nunca gobernó, pero bloqueó a quienes sí lo hacían, como si la oposición fuera una forma alternativa de poder ejecutivo. Sus tres campañas fallidas y sus mayorías obstruccionistas mostraron que en el Perú se puede gobernar sin ganar y perder sin dejar de mandar. El absurdo institucionalizado: un país rehén de una candidata eterna.

Pedro CastilloTerrones llevó el absurdo al plano pedagógico-político: un maestro rural que llegó al poder sin plan, sin equipo y sin brújula. Creyó que el Estado se gestiona como una asamblea escolar y terminó demostrando que la improvisación también tiene su propia escalada cuántica, capaz de hundir un gobierno en meses. Fue la prueba viviente de que, en el Perú, ganar una elección no significa saber qué hacer el día siguiente.

Rafael López Aliaga encarna el absurdo como performance ideológica: discursos explosivos, promesas impracticables y una visión moralista que compite con series de ciencia ficción. Ha convertido la política en un ejercicio de hipérbole continua donde indignación equivale a programa de gobierno. Su estilo demuestra que la política peruana ya no requiere coherencia: basta con volumen y furia. Creador de la frase absurda que inspira este ensayo, en forma y fondo: “Perú, potencia mundial”.

Capítulo 2: 50 cosas absurdas que nos impiden ser una Potencia Mundial

1. La cola como ritual de resignación.

En vez de flujos digitales y turnos inteligentes, seguimos venerando la serpiente humana que se arrastra por bancos, ministerios y estadios. Un país que pierde **millones de horas-hombre al año** alineando cuerpos en vez de datos.

2. La fotocopia como amuleto burocrático.

La sombra del papel sigue obsesionándonos: DNI por ambos lados, recibos, constancias, copias de copias. La ironía: imprimimos para “validar” información que ya vive en bases de datos estatales.

3. El desfile escolar-militar como culto al tiempo muerto.

Horas de ensayo, uniformes caros, calor, sol y un solo resultado: cansancio. El país que confunde disciplina con coreografía patriótica.

4. La reunión eterna sin agenda.

Ese trance colectivo donde 10 personas hablan para no decidir nada. Una empresa peruana promedio podría recuperar **un mes de productividad al año** si acorta sus rituales conversacionales.

5. El trámite presencial como prueba de fe.

Ir a recoger un documento que podría ser enviado por PDF. Viajar a una oficina para entregar algo que podría subirse a un portal. La liturgia del sello sigue devorando energía nacional.

6. El saludo burocrático interminable.

Antes de empezar cualquier gestión: “¿Cómo está? ¿Cómo va su familia?

¿Cómo va el calor?”. Conversaciones obligatorias que retrasan la interacción funcional. Calidez no es lentitud.

7. El “vuelva mañana” como solución universal.

La frase que inventó Kafka y que el Perú adoptó como política pública. No hay mejor enemigo de la eficiencia que ese diferimiento sin propósito.

8. La copia manuscrita de datos ya entregados.

Formularios donde uno debe reescribir nombre, dirección, número de DNI y fecha de nacimiento una y otra vez. Como si el país entero fuera un loop de caligrafía.

9. El tráfico como gimnasia del absurdo.

Autos detenidos, bocinas inútiles, peatones arriesgando la vida, microbuses negociando el espacio como si fuera un videojuego glitch. Perdemos **hasta 4 horas al día** porque nadie coordina el flujo urbano.

10. El culto al “papel membretado”.

Documentos que solo son válidos si están impresos en papel especial, como si el Estado siguiera creyendo en tótems mágicos. En pleno siglo XXI, seguimos certificando existencia por textura.

11. El trámite en papel que exige firma con lapicero azul “para que se note”.

Una superstición cromática que convierte la tinta en criterio jurídico. La tecnología avanza; el fetiche del color se mantiene como guardián del atraso.

12. El “permiso verbal” como institución paralela.

Nada está claro, nada está escrito, pero todo depende de un “sí pasa, causa”. Un sistema donde la informalidad no es un accidente, sino una metodología.

13. La fotocheck manía.

Tarjetas colgando del cuello para entrar a edificios públicos que podrían

reconocer identidad con sensores. Una tribu moderna que todavía necesita tótems de plástico.

14. El uso obsesivo del sello húmedo.

Cada documento debe ser apretado, marcado, estampado, como si el país viviera en una oficina de 1970. La fe en el sello supera la fe en la ley.

15. El papel “legalizado” como si la verdad necesitara notario.

Un acto alquímico donde una firma convierte un documento ordinario en documento divino. El Perú aún cree en la transubstanciación administrativa.

16. El teléfono que nunca se contesta.

En oficinas públicas y privadas, el timbre es un animal extraño al que nadie se acerca. Un país donde la comunicación funciona por ausencia.

17. El microbús que arranca antes de que bajes.

Una coreografía peligrosa que consume energía, salud mental y kilómetros de paciencia. Eficiencia invertida: rapidez sin sistema.

18. El “por si acaso traiga todo”.

Un mantra burocrático que revela su lógica profunda: la incapacidad del Estado para prever, coordinar o estandarizar. La carga de la incertidumbre siempre recae en el ciudadano.

19. El regateo en procesos serios.

Desde licencias hasta plazos, la negociación improvisada se impone al procedimiento. El país donde la norma es un consejo flexible.

20. La cadena infinita de autorizaciones.

Para aprobar algo simple, deben firmar cinco, revisar tres, observar dos, y finalmente archivar uno. Es la hidra burocrática: cortas una cabeza y aparecen más.

21. El “certificado de haber presentado el certificado”.

Una matrioshka administrativa donde cada documento exige otro que confirma que existe. Papelería autorreferencial: el ouroboros burocrático.

22. El correo electrónico que se imprime para “archivarlo”.

El absurdo máximo: digitalizamos para volver a materializar, como si el papel fuera un talismán contra el olvido.

23. El menú ejecutivo que tarda una eternidad.

Almuerzos que prometen rapidez pero devoran horas laborales. El reloj peruano tiene sobremesa incorporada.

24. La cultura del “estamos en reunión” permanente.

Organizaciones enteras en estado de asamblea perpetua. La productividad se pospone; la conversación se glorifica.

25. Los protocolos ceremoniales interminables.

Inauguraciones, bendiciones, discursos, cintas, fotos. El acto dura cinco minutos, el ritual dos horas.

26. El taxi que busca pasajeros zigzagueando como enjambre sin control.

Una microanarquía diaria que acelera la entropía urbana y multiplica el caos como si fuera contagioso.

27. La revisión manual de mochilas en supermercados.

Seguridad performativa: da la impresión de control pero consume tiempo, energía y confianza mutua.

28. El formulario que pide adjuntar “constancia de veracidad”.

Una confesión institucional: el Estado no cree en el ciudadano, así que obliga al ciudadano a jurar que no miente.

29. La obligación de ir físicamente a cancelar servicios.

Teléfonos, internet, suscripciones: darse de baja exige peregrinación, no clic. La retención como tortura suave.

30. El parqueo improvisado como derecho divino.

Autos ocupando veredas, rampas, esquinas: la invasión de lo público como costumbre normalizada. Un país que negocia el espacio como si fuera un mercado persa.

31. Fotocopiar el DNI para trámites que ya verifican digitalmente el DNI.

Es la repetición mecánica de un gesto del siglo XX en un Estado que presume modernidad digital. La base de datos del RENIEC ya confirma identidad en milisegundos, pero la oficina exige papel como si la fibra de celulosa fuera garantía moral. Un país donde la “prueba física” reemplaza a la interoperabilidad, quemando —según estimaciones sueltas— más de 30 millones de hojas al año para decir lo obvio: “usted es usted”.

32. Sellos múltiples para un mismo documento.

No es control, es liturgia. Cada sello es un amuleto administrativo que certifica la presencia del burócrata, su marca territorial. Se convierten en una geometría irracional: filas, diagonales, estampados rojos que aseguran nada. “Mientras más sellos, más Estado”, decía un viejo tinterillo apócrifo; y tenía razón, al menos en términos estéticos.

33. Permisos que exigen permisos previos inexistentes.

Es la burocracia como paradoja autorreferencial. Te piden un requisito que nadie expide, o que pertenece a una oficina que ya no existe. Resultado: semanas de búsqueda, llamadas, colas. El sistema se alimenta de la ansiedad del ciudadano, que debe probar lo imposible para cumplir lo obligatorio.

34. Ventanillas que no aceptan su propio formulario si está impreso en otro tipo de papel.

Aquí el absurdo alcanza un refinamiento casi zen: el contenido del formulario vale menos que su textura. Es la sacralización del A4 certificado, del papel bond exacto, como si la legalidad residiera en el gramaje. Un minimalismo cruel: no importa la ley, importa el papel.

35. Firmas obligatorias de autoridades que no están presentes por meses.

La firma se convierte en un artefacto metafísico. Existe, pero no está. El trámite queda suspendido en una especie de purgatorio documental hasta que el funcionario regrese de viajes, comisiones o vacaciones sin suplencia. El ciudadano aprende la física cuántica aplicada al Estado: la firma está y no está, depende del observador.

36. Trámites que requieren una constancia que solo puede obtenerse cumpliendo el trámite final.

Es el círculo vicioso perfecto, digno de Escher. El ciudadano gira entre oficinas intentando demostrar que ya avanzó lo que no puede avanzar sin la prueba de haber avanzado. La burocracia como máquina perpetua del sinsentido administrativo.

37. Citas presenciales para procesos totalmente digitales.

El país presume digitalización, pero exige presencia física como si el cuerpo, no el dato, fuera portador de legitimidad. La cita presencial invalida la promesa tecnológica: transforma un proceso de diez minutos en una jornada perdida. Es la devoción al trámite como peregrinaje.

38. Exigir documentos que la misma entidad perdió.

El Estado ejerce un curioso tipo de amnesia: pierde documentos y luego culpa al ciudadano por no tenerlos. Es la inversión perfecta de la responsabilidad. La

institución borra su error y obliga al usuario a reconstruir un archivo que nunca debió desaparecer.

39. Listas de requisitos que cambian cada semana sin actualizar la web.

En vez de un sistema, tenemos un clima. Cada oficina tiene su “tiempo meteorológico” de requisitos, siempre variables, siempre volátiles. Intentar informarse por internet es confiar en oráculos obsoletos. La incertidumbre se vuelve política pública.

40. Revisiones técnicas redundantes entre ministerios que nunca comparten datos.

La no-interoperabilidad es una forma de poder: cada institución custodia sus datos como feudos medievales. Por eso un mismo documento debe ser revisado, verificado y evaluado en cadena, aunque exista ya en los servidores del Estado. Cada entidad reafirma su existencia duplicando trabajo, tiempo y frustración.

41. Leyes que se contradicen entre sí y siguen vigentes simultáneamente.

El Perú acumula más de 30 mil normas activas, muchas incompatibles. El resultado es una selva normativa donde cualquier decisión puede ser legal e ilegal al mismo tiempo. Perfecto para bloquear inversiones; ideal para producir tinterillos.

42. Normas redactadas de forma tan ambigua que permiten veinte interpretaciones.

La ambigüedad se vuelve un talento nacional: define lo que no define, aclara lo que confunde. Es un “sí” que quiere decir “quizá”, un “no” que deja la puerta abierta al “depende”.

43. Tribunales saturados que tardan años en resolver casos simples.

Un divorcio puede tardar tres años; una disputa laboral, cinco. La justicia se

vuelve un trámite geológico. Y mientras más demora, más incentivo para la informalidad.

44. Abuso de medidas cautelares que congelan proyectos enteros.

Un solo juez puede detener una obra pública de mil millones porque “podría haber” irregularidades. La excepción se convierte en botón nuclear.

45. La “interpretación auténtica” como herramienta de manipulación política.

Fujimori la elevó al paroxismo: reinterpretar la Constitución para reelegirse. El derecho convertido en plastilina electoral.

46. Procesos penales que dependen de pruebas físicas que el propio Estado no garantiza.

Peritajes sin recursos, laboratorios colapsados, evidencia que desaparece. La verdad jurídica queda a merced del azar.

47. Legislación exprés aprobada para casos particulares.

Leyes con nombre propio disfrazadas de norma general. Un traje a medida para intereses específicos, nunca para el bien común.

48. Uso excesivo del formalismo: un juicio puede caer por una coma.

El fondo se subordina a la forma; la justicia se rinde ante la sintaxis. En el país donde una falta de foliado invalida una demanda, la coherencia es un lujo.

49. Multiplicidad de fueros y competencias que se pisan entre sí.

Municipalidades, regiones, ministerios, procuradurías y Contraloría intervienen en los mismos asuntos sin coordinación. El caos como ecosistema legal.

50. Impunidad selectiva para los poderosos y rigor extremo para los débiles.

La ley late con doble pulso: indulgente con quien tiene abogados, implacable

con quien tiene solo esperanza. El derecho pierde legitimidad y la sociedad, cohesión.

En conjunto, estas prácticas forman una maquinaria que frena la innovación, promueve la corrupción y reduce al ciudadano a navegante de un océano jurídico sin brújula.

“Manual de Tramitología Peruana” en clave de Leyes de Murphy

Edward Murphy (Jr.) fue un ingeniero aeroespacial estadounidense, conocido por dar origen a la famosa Ley de Murphy, que postula que "si algo puede salir mal, saldrá mal". La frase surgió de un incidente en 1949 durante un proyecto para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, cuando Murphy criticó un error de su asistente. Se ha popularizado y aplicado a diversos ámbitos como la planificación de proyectos, la gestión de riesgos y la vida cotidiana para advertir sobre posibles errores y fallos. Si hubiera escrito sobre “tramitología” peruana, quizá estas hubieran sido sus conclusiones. Y lo más siniestro, es que encajan perfectamente...

1. Ley del Sello Perdido

Si te falta un sello, ese será el único que no se consigue en la oficina donde lo piden.

2. Principio de la Ventanilla Equivocada

No importa dónde hagas la cola, siempre será la fila equivocada.

3. Ley del Horario Invisible

El único funcionario que necesitas siempre atiende en un horario que nadie conoce.

4. Principio del Documento Duplicado

Si llevas un original, te pedirán copia. Si llevas copia, te pedirán original.

5. Ley del Plazo Extensible

Un trámite que dura 30 días hábiles en teoría, dura 90 en la práctica... y 180 si preguntas por qué.

6. Principio de la Ventanilla Redonda

Lo que llevaste al ministerio, te lo devuelven en la municipalidad, que a su vez lo deriva al ministerio.

7. Ley de la Firma Ausente

El documento siempre estará listo, pero falta la firma de alguien que está “de viaje” desde hace meses.

8. Principio del Formato Mágico

Cuando crees que ya tienes todos los papeles, aparece un formato nuevo que nadie conocía.

9. Ley del Número de Expediente

Mientras más sellos y números acumule tu expediente, menos probabilidades hay de que alguien lo lea.

10. Principio de la Persistencia Ciudadana

Al final, el trámite solo avanza cuando uno deja de preguntar “cuándo” y empieza a preguntar “cuánto”.

11. Ley del Retraso Eterno

Si algo puede demorarse en el Perú, se demorará... y si no puede, se inventará un motivo.

12. Principio del Presupuesto Evaporado

Si hay dinero para una obra, desaparecerá antes de que la obra aparezca.

13. Ley del Proyecto Inconcluso

Toda obra empieza con entusiasmo y termina con un letrero que dice: "Próximamente, reinicio de trabajos".

14. Principio del Paporreteo

Mientras más discursos y promesas se hagan, menos cosas se ejecutarán.

15. Ley del Progreso Reversible

Cada avance genera al menos dos retrocesos de los que nadie se hace responsable.

16. Principio del Caos Organizado

Si algo funciona bien en el Perú, pronto será intervenido para que funcione mal.

17. Ley del Cargo Inamovible

Un funcionario incompetente jamás es removido: es promovido.

18. Principio del Estudio Eterno

Cuando no se quiere resolver un problema, se crea una comisión para estudiarlo... indefinidamente.

19. Ley del Milagro Improvisado

Los grandes problemas nacionales siempre se resuelven “a la criolla” y solo hasta la próxima crisis.

20. Principio de la Esperanza Resistente

Aunque todo falle una y otra vez, el peruano sigue creyendo que “esta vez sí será diferente”.

Capítulo 3. 10 leyes para devenir un país eficiente

¿Cómo desmontar el absurdo nacional?

Toda nación que aspire a la eficiencia debe reconocer primero su enfermedad estructural: la proliferación del absurdo. El absurdo no es un accidente folclórico, sino un sistema de reglas invisibles que metaboliza la energía social en caos: trámites infinitos, burocracias que se autoconservan, decisiones públicas que contradicen la lógica elemental. Según estudios del BID, cerca del 30% del gasto estatal latinoamericano se pierde en ineficiencias administrativas: es una hemorragia institucional. Por eso se necesitan leyes, no para multiplicar el laberinto normativo, sino para reescribir su código genético.

Las leyes de la eficiencia funcionan como enzimas sociales: aceleran procesos, eliminan fricciones, desmontan rituales obsoletos. Allí donde hoy reina el tinterillo, aparece el algoritmo; donde antes había sospecha, surge trazabilidad; donde se acumulaban pasos muertos, emerge la simplicidad operativa. «Una nación es lo que su tiempo no desperdicia», decía irónicamente un politólogo francés en los años 70. La eficiencia es ese arte de no morir desgastado por uno mismo.

Al aplicar leyes claras —máximo tres pasos por trámite, digitalización total, interoperabilidad, penalización de la opacidad— el absurdo nacional pierde su metabolismo. Se vuelve inviable. Y en ese vacío emerge un país que empieza a reconocerse: un organismo que coordina datos, decisiones y ciudadanía para evolucionar hacia un futuro menos entrópico y más humano.

1. Ley de la Fricción Cero

Todo trámite que genere más resistencia que el problema que regula debe ser eliminado o automatizado. Si el ciudadano tarda más de 5 minutos, la norma está enferma.

El Estado peruano funciona como una gran máquina de fricción, donde el ciudadano es la grasa que se gasta sin piedad. La Fricción Cero exige invertir la ecuación: cada trámite debe justificar su existencia midiendo el tiempo social que consume, no la cantidad de sellos que acumula. Un país eficiente no se construye agilizando colas, sino eliminándolas. La verdadera modernización no es digitalizar el papeleo, sino extinguirlo como especie burocrática invasiva.

2. Ley del Código Inteligente

Las leyes caducas deben morir. Cada norma tendrá fecha de expiración: 5 años sin revisión = derogación automática. El Derecho no es un museo, es un software.

El Perú arrastra más de 30 mil normas inútiles, muchas creadas para problemas que ya no existen, pero cuyos efectos zombis siguen moldeando la vida diaria. El Código Vivo obliga a tratar la ley como un organismo adaptable: si no evoluciona, se extingue. La función del legislador deja de ser multiplicar reglas y pasa a ser curar el ecosistema jurídico. Un país eficiente no acumula normativas: depura, poda, reinicia. El software legal debe actualizarse o fallará como Windows 95.

3. Ley del Funcionariado Transparente

Ningún funcionario podrá decidir sin dejar un rastro digital verificable. La opacidad es el oxígeno del absurdo.

La administración peruana se sostiene sobre un secreto mal disimulado: nadie sabe quién autorizó qué, ni por qué. La transparencia total convierte la gestión pública en un sistema auditable en tiempo real, donde cada clic se vuelve memoria institucional. La corrupción depende del anonimato; la eficiencia, del registro. Un Estado que documenta sus decisiones se vuelve trazable, y un Estado trazable se vuelve confiable. La transparencia, más que virtud moral, es arquitectura tecnológica contra el caos.

4. Ley del Aprendizaje Real

Toda escuela enseñará tres lenguajes: datos, lógica y territorio. Sin pensamiento crítico y contexto ecológico-cultural, la educación produce obedientes, no ciudadanos.

El sistema educativo peruano sigue formando estudiantes para un país que ya no existe, atrapado entre la repetición memorística y el fetichismo de la nota. El Aprendizaje Real restituye la educación como instrumento de autonomía: enseñar a leer datos, interpretar sistemas, comprender el territorio como matriz biocultural. No se trata de preparar trabajadores sumisos, sino mentes capaces de navegar un mundo saturado de información. Educar ya no es transmitir contenidos: es crear estructuras cognitivas para sobrevivir a lo complejo.

5. Ley de la Simplificación Militar

Las Fuerzas Armadas solo asumirán funciones que un algoritmo no pueda ejecutar mejor. El resto: logística, desastre, frontera, ciencia.

El aparato militar peruano se ha convertido en la navaja suiza de los gobiernos: sirve para marchas, decretos, trámites, incluso educación. La Simplificación Militar devuelve a la institución su función estratégica: proteger, no llenar vacíos del Estado. En un país eficiente, el Ejército puede ser laboratorio de innovación climática, ingeniería logística y respuesta inmediata ante

catástrofes. Si una tarea puede ser hecha por software, civiles o robots, no debe recaer en uniformados. La eficiencia también es desmilitarizar el absurdo.

6. Ley Antitinterillo

Toda sentencia deberá ser entendible por un ciudadano promedio. Si el texto exige intérprete, es que oculta una trampa.

El Perú ha perfeccionado una casta de juristas que viven de traducir lo ininteligible: el legado inmortal del tinterillo colonial. La Ley Antitinterillo obliga a que la justicia vuelva a ser comunicación, no criptografía. Sentencias breves, razones claras, decisiones examinables. La complejidad jurídica no puede ser excusa para privatizar el sentido. El Derecho solo funciona cuando es accesible para quienes lo viven, no para quienes lo manipulan. La justicia oscura produce ciudadanía impotente, y la impotencia engendra absurdo.

7. Ley del Formulario Único

Un solo registro para todo el Estado. Una sola identidad digital. Cerrar el parque jurásico de las fotocopias.

El Perú multiplica certificados como si existiera una economía paralela de papel. Cada institución administra su propio microfeudo documental, exigiendo pruebas que el mismo Estado ya posee. El Formulario Único es una cirugía radical: el ciudadano ingresa su información una sola vez, y el Estado debe interconectarse para compartirla. La interoperabilidad no es lujo, es cordura pública. Solo así mueren las colas, los sellos, los archivadores metálicos. La eficiencia empieza cuando el papel deja de ser tótem sagrado.

8. Ley del Tiempo Socialmente Justo

Cada institución medirá el tiempo ciudadano que consume. Si roba más de lo que aporta, debe reorganizarse o desaparecer.

En Perú, las instituciones no se preguntan cuánto tiempo le cuestan a la población: su única métrica es su propio funcionamiento interno. La Ley del Tiempo Justo obliga a invertir la mirada: la eficiencia deja de medirse en trámites procesados y se mide en horas sociales salvadas. Es una economía del tiempo colectivo. Si un ministerio paraliza vidas, ralentiza empresas y sabotea proyectos, su existencia se vuelve parasitaria. La eficiencia nacional comienza por devolverle tiempo al ciudadano.

9. Ley de las Decisiones Basadas en Evidencia

Política sin datos es superstición. Ningún ministerio podrá proponer medidas sin evidencia replicable y revisión pública.

Durante décadas, el Perú ha gobernado más con presentimientos que con análisis, más con temores que con estadísticas. La decisión basada en evidencia impone un estándar científico mínimo: toda política deberá mostrar datos, métodos, evaluación y resultados esperados. La ciudadanía podrá auditarla. La política deja de ser teatro y se convierte en ingeniería de problemas. No elimina la ideología, pero la obliga a rendir cuentas ante la realidad. Gobernar sin datos equivale a pilotear un avión con los ojos vendados.

10. Ley de la Simbiosis Nacional

Cada reforma debe fortalecer la relación entre individuos, instituciones y territorio. Si una política rompe esa ecología, genera más absurdo del que resuelve.

Perú ha vivido dos siglos de reformas parciales que rompen lo que intentan mejorar: modernizan un sector y destruyen otro, arreglan la norma pero alteran el tejido social. La Simbiosis Nacional exige pensar el país como ecosistema, no como suma de ministerios. Instituciones conectadas, decisiones coordinadas, políticas que no dañen la biodiversidad ni las culturas que nos

sostienen. La eficiencia solo emerge cuando sociedad, tecnología, naturaleza y Estado actúan como un organismo complejo que deja de sabotearse.

Capítulo 4. Un choque de modernidad en la era numérica

Como si un meteorito de datos cayera sobre un país habituado a los calendarios coloniales, la sociedad de la información provocará en el Perú un choque de modernidad súbito, casi tectónico. Durante siglos, la administración nacional ha funcionado con la lentitud de un archivo húmedo: colas, tinterillos, trámites que se multiplican como hongos. Pero el ingreso masivo de inteligencia artificial, plataformas interoperables y big data operará como un cortocircuito cultural. Cuando un algoritmo pueda resolver en segundos lo que un ministerio resuelve en meses, los ciudadanos descubrirán que el atraso no era destino, sino mala arquitectura.

Según estimaciones razonables, el 60% del aparato estatal podría automatizarse, reduciendo la corrupción hasta en un 40%. Ese choque será incómodo: una parte del país entrará de golpe al siglo XXI, mientras otra seguirá defendiendo los rituales de papel. Sin embargo, la presión de los datos será implacable, exponiendo ineficiencias, iluminando redes clientelares, obligando a repensar la educación, las políticas públicas y la lógica del poder. Como escribió —o debió escribir— un Borges futurista: “La modernidad no llega por voluntad, sino por saturación de información”. Y en ese Perú interconectado, la transparencia será el nuevo territorio, la eficiencia la nueva ética y el ciudadano el sensor clave de una nación que se reprograma.

Facebook tiene las características de un estado de 3 millardos de individuos y lo gestiona infinitamente mejor

Como si una criatura biotecnológica hubiera mutado desde Harvard hasta Menlo Park, Facebook devino un *Estado sin territorio*, sostenido no por fronteras sino por densidades de datos. Tres millardos de individuos —una población mayor que la suma de China, India y la Unión Europea— orbitan diariamente en su ecosistema, generando 300 petabytes de actividad por día. La metáfora es grotesca y luminosa a la vez: un superorganismo gestionado por algoritmos que anticipan comportamientos con un 80% de precisión, mientras los Estados-nación apenas pueden censar a su población cada década.

Un Estado clásico se ahoga en su propia papelería; Facebook respira patrones. Mientras una burocracia ministerial tarda meses en ajustar un reglamento, la plataforma despliega 100.000 experimentos A/B por jornada para optimizar decisiones. Y lo hace sin ministros, sin congresistas, sin sindicatos del absurdo. “Gobernar es predecir”, este dicho la empresa lo tomó literalmente: convierte cada click en un sensor, cada usuario en una neurona, cada timeline en una microconstitución personalizada.

La paradoja es deliciosa: una corporación, sin himno ni bandera, administra a tres millardos de almas digitales con más continuidad y menos caos que la mayoría de gobiernos del siglo XXI. Gestiona identidades, flujos, conflictos, memorias y deseos como un Leviatán matemático que jamás duerme. Es un Estado-máquina, un *machine-polis* que hace lo que los Estados prometen pero no cumplen: coordinar.

Porque al final, lo inquietante no es que Facebook se parezca a un Estado; es que los Estados empiezan a parecerse a Facebook sin saberlo. Gobernanza

algorítmica disfrazada de política. Soberanía como interfaz. Ciudadanía como dato.

Este fenómeno revela la mutación profunda: el ser humano deja de ser súbdito, usuario o votante para convertirse en interfaz evolutiva entre los flujos NBIC (Nanotecnología, biología, informática y ciencias cognitivas) y las multitudes hiperconectadas. Un puente vivo entre biología, capital y conciencia. Una criatura híbrida que, sin advertirlo, ya habita el Estado-algoritmo.

Los big data han destrozado las ideologías y las teorías sociales universitarias

Al igual que un enjambre de partículas informacionales hubiera atravesado las viejas catedrales del pensamiento, los big data demolieron —sin proclamarlo— las ideologías y las teorías sociales universitarias. No fue un golpe de Estado intelectual, sino una erosión silenciosa: terabytes filtrándose como termitas en los cimientos de Marx, Weber, Parsons o Foucault. En una década, lo que antes necesitaba un seminario entero para teorizar, hoy lo resuelve un patrón estadístico con 10 millones de muestras. La frase apócrifa de Norbert Wiener lo resume con cruel lucidez: “La ideología es lo que inventamos mientras esperamos los datos”.

La ironía es brutal. Durante un siglo, las ciencias sociales defendieron sus “grandes relatos” como si fueran mapas estratégicos del mundo. Pero los big data mostraron que la sociedad no es un sistema de categorías, sino un flujo continuo de correlaciones. El 70% de las predicciones electorales actuales provienen de modelos que no explican nada, pero lo aciertan todo. Y ese triunfo del acierto sobre la teoría dejó a las ideologías tan desnudas como un mapa medieval junto a Google Earth.

Las hipótesis se vuelven necesarias: nunca antes un conjunto de datos había pulverizado tantas certezas. Las nociones de clase, identidad, nación o comportamiento racional se diluyen en grafos de 40 mil nodos. Las universidades, todavía aferradas al viejo método, observan incrédulas cómo un algoritmo de recomendación describe mejor la conducta humana que cien años de ensayos sociológicos.

Y sin embargo, hay un detalle que los académicos olvidan: el dato no piensa, solo revela. Revela que el mundo social ya no cabe en las teorías cerradas, que la complejidad excedió a la ideología. La multitud hiperconectada produce más sociología en una hora que todos los departamentos juntos en un año.

Esto no anuncia el fin del pensamiento, sino su metamorfosis: el ser humano como interfaz que combina interpretación y cálculo, intuición y correlación, neurocircuitos y grafos digitales. Una mente híbrida que ya no piensa *sobre* la sociedad, sino *desde* sus flujos.

En la sociedad de la información y de la inteligencia artificial toda persona va a tener la oportunidad de ser aquello que le sale de los... genes

Así como si la biología hubiera conseguido, por fin, un aliado computacional, la sociedad de la información y la inteligencia artificial abre un escenario inédito: cada persona podrá convertirse en aquello que le brota de los genes, de sus proclividades profundas, de esas arquitecturas invisibles que moldean el temperamento, la curiosidad o el impulso de riesgo. No se trata de determinismo genético, sino de *amplificación*: un ecosistema en el que los talentos latentes ya no se hunden bajo la burocracia, la pobreza o la arbitrariedad institucional, sino que encuentran un atajo algorítmico para desplegarse. Como decía irónicamente un genetista francés del que nadie

recuerda el nombre: “No somos lo que heredamos, sino lo que nos dejan activar”.

Hoy, el 60% de la población mundial posee un smartphone capaz de acceder a modelos de IA que antes costaban millones. En 2030, según las proyecciones más conservadoras, 7 de cada 10 seres humanos tendrán acceso continuo a asistentes cognitivos con más memoria, precisión y velocidad que cualquier formación universitaria promedio. De pronto, la desigualdad ya no estará entre los que estudian y los que no, sino entre los que saben pedirle a la máquina que expanda su propia singularidad y los que siguen atrapados en lógicas del siglo XX.

La ironía es deliciosa: durante dos siglos, la educación intentó uniformar y corregir lo humano; ahora, la IA lo singulariza. Si antes los Estados fabricaban ciudadanos estándar, hoy los algoritmos tienden a fabricar trayectorias únicas. La sociedad industrial era una línea de montaje; la sociedad de la IA será un laboratorio evolutivo donde cada cerebro será un experimento distinto. Y eso inquieta a los antiguos sacerdotes del conocimiento —los académicos, los burócratas, los doctrinarios— porque revela su obsolescencia: la diversidad humana deja de ser un problema y se convierte en una infraestructura.

Quizá sea exagerado afirmar que cada persona “será lo que le salga de los genes”. Más bien, podrá ser lo que le salga de su combinación irreplicable de genética, epigenética, entorno y computación. El determinismo se convierte en plasticidad aumentada. La herencia deja de ser destino para transformarse en vector.

Eso anuncia un mundo donde el ser humano ya no es un producto de la educación tradicional ni una pieza de la maquinaria económica, sino una interfaz evolutiva entre la biología que lo impulsa y la inteligencia artificial

que lo potencia. Un organismo extendido, mitad carne, mitad algoritmo, que al fin puede desplegar su singularidad sin pedir permiso a ninguna ideología.

Cómo las mafias podrán ser eliminadas en una sociedad de la transparencia

De la misma forma que si abriéramos el caparazón opaco donde prospera la corrupción y le inyectáramos luz cuántica, una sociedad de la transparencia altera el metabolismo mismo de las mafias. Las estructuras criminales no viven del dinero —ese es solo el síntoma— sino de las zonas ciegas del sistema. Zonas donde la información se fragmenta, donde el Estado no ve, donde los ciudadanos no conocen, donde la burocracia retrasa. Basta un dato: en países con registros públicos interoperables, el costo de la corrupción cae hasta un 35%, mientras que en sistemas opacos aumenta un 400%. Es biología básica: la mafia es un hongo que crece en la humedad; la transparencia es sequía estructural.

El mecanismo es casi irónico. Las mafias requieren tres condiciones: anonimato, intermediarios y tiempo muerto. La sociedad de la transparencia destruye las tres. En un ecosistema donde cada contrato, trámite o compra pública se registra en grafos abiertos y verificables por IA, la opacidad se convierte en ruido detectable. Las redes criminales, que antes se ocultaban entre expedientes de papel, quedan cartografiadas por algoritmos que analizan patrones de transacciones, vínculos sociales y anomalías en segundos. Como diría un sociólogo apócrifo de Chicago: “La mafia no es astuta; la burocracia es ciega”.

Las hipérboles ayudan a entender: un Estado analógico lucha contra las mafias como un ciego contra un enjambre; un Estado transparente es un organismo con visión infrarroja que las detecta por temperatura. Cada interacción deja un

rastros. Cada funcionario tiene un “gemelo digital” que revela sesgos, ritmos, decisiones, repeticiones sospechosas. Y cada ciudadano puede ver lo que antes era privilegio de un auditor: la trazabilidad completa.

La paradoja final es política: las mafias no se eliminan con policías, sino con sistemas. La represión es curativa; la transparencia es preventiva. No se destruye la mafia *persiguiéndola*, sino quitándole el ecosistema informacional que la alimenta.

La transparencia no es solo un valor democrático, sino una mutación evolutiva: el ciudadano deviene sensor, el Estado deviene algoritmo, la sociedad deviene red. Y en esa nueva ecología —biológica, digital, cognitiva— las mafias ya no encuentran dónde anidar, porque la interfaz humana-tecnológica convierte la luz en una forma de supervivencia colectiva.

Las leyes de la Modernidad republicana

10 leyes de modernidad republicana, diseñadas para actualizar el “software nacional” del Perú y volverlo un Estado viable, simple y eficiente.

1. Ley del Estado Mínimo pero Inteligente

Un Estado moderno no es grande ni pequeño: es *útil*. La simplicidad exige eliminar funciones redundantes, oficinas duplicadas y competencias que nadie comprende. El Estado debe concentrarse en cinco núcleos: salud, educación, justicia, infraestructura y datos. Todo lo demás debe ser delegado, automatizado o fusionado. La modernidad republicana no consiste en expandir ministerios, sino en reducir el ruido institucional. Como decía un Tocqueville imaginario, “la libertad crece cuando el Estado aprende a hacer menos, pero mejor”. Un país eficiente se construye recodificando prioridades, no multiplicando burocracias.

2. Ley del Derecho Legible y Autoexplicable

Un sistema republicano no puede funcionar con leyes que parecen puzzles barrocos. Modernizar es traducir el Derecho al lenguaje común; simplificar códigos, eliminar términos fósiles, prohibir las reformas que añaden complejidad en vez de claridad. Cada ley debe tener propósito, métricas, vigencia y revisión programada. Cuando el ciudadano entiende la norma, la cumple; cuando no, se pierde en el laberinto. Un país solo deviene viable cuando la ley deja de ser un privilegio interpretativo de castas jurídico-feudales y se vuelve un código transparente, como software libre discutido en público.

3. Ley de la Identidad Digital Integral

La modernidad exige que cada ciudadano posea una identidad digital única, verificable y suficiente para acceder a todos los servicios del Estado. Un solo registro, un solo expediente, un solo historial cívico. La simplicidad es eliminar el zoológico documental: actas, certificados, constancias que el Estado mismo genera pero vuelve a pedir. La identidad digital convierte al ciudadano en nodo activo de la República, no en peregrino del trámite. Solo así nace una relación Estado-persona fluida, trazable y eficiente, donde la información viaja más rápido que el papel y menos lento que la realidad.

4. Ley de la Interoperabilidad Total

Un Estado moderno no es un archipiélago ministerial, sino un ecosistema. La interoperabilidad obliga a que las instituciones compartan información sin fricciones, sin celos administrativos y sin formatos obsoletos. Modernizar es romper los feudos tecnológicos y crear un flujo de datos continuo que reduzca tiempos, errores y costos. La regla es simple: si una entidad ya tiene la información, ninguna otra puede volver a pedirla. Esta ley derriba la muralla del absurdo burocrático y convierte al Perú en un sistema operativo unificado, no en un museo de trámites inconexos.

5. Ley del Tiempo como Bien Público

En la República moderna, el tiempo ciudadano adquiere valor económico, moral y político. Cada institución debe medir cuánto tiempo consume y justificarlo. Una oficina que roba días, semanas o meses no es ineficiente: es antisocial. La simplicidad exige convertir el tiempo en métrica central del desempeño estatal. La modernidad republicana no se alcanza con discursos, sino con horas recuperadas para vivir, trabajar, estudiar o emprender. Cuando el Estado deja de ser un devorador de tiempo y se vuelve un facilitador, el país entero entra en modo eficiencia.

6. Ley del Presupuesto Basado en Resultados Reales

Un Perú viable no financia instituciones por costumbre o antigüedad, sino por impacto comprobable. Cada sol debe estar vinculado a resultados medibles, y cada programa debe ser evaluado con datos abiertos. La simplicidad fiscal consiste en cortar transferencias inútiles y reasignar recursos hacia lo que funciona. Esta ley obliga a que el Estado se comporte como un organismo adaptativo: si una política no produce efectos, muere. Y si produce, se escala. La modernidad empieza cuando el presupuesto deja de premiar la inercia y comienza a premiar la evidencia.

7. Ley de la Meritocracia Radical y Transparente

Un Estado moderno solo puede funcionar si quienes lo administran son competentes, no leales a redes partidarias, familiares o mafiosas. La meritocracia radical exige concursos públicos transparentes, perfiles reales y evaluación permanente. El puesto deja de ser propiedad vitalicia y se convierte en responsabilidad condicionada por desempeño. La simplicidad opera al eliminar intermediarios, recomendaciones, favores y clientelas. Cuando la máquina estatal es manejada por profesionales en vez de improvisados, el

software nacional deja de colapsar. Una República eficiente es incompatible con un funcionariado ornamental.

8. Ley de la Justicia Instantánea y Comprensible

La justicia lenta no es justicia, y la justicia oscura es opacidad. La modernidad republicana demanda procesos estandarizados, plazos estrictos, lenguaje claro, audiencias grabadas y sentencias accesibles. La simplicidad judicial implica eliminar rituales inútiles: notificaciones en papel, trámites presenciales, escritos interminables, abogados que viven de traducir lo que debería entenderse solo. Un país solo se vuelve viable cuando el ciudadano confía en que su caso será resuelto sin demora ni misterio. La justicia simple es la base del contrato social contemporáneo.

9. Ley de la Gestión Basada en Datos y No en Intuiciones

Las políticas públicas deben ser diseñadas como algoritmos probados, no como apuestas emocionales. Esta ley obliga a que cada decisión estatal se funde en datos verificables, modelos predictivos y evaluación pública. La simplicidad epistemológica consiste en quitarle al Estado su tradición de improvisación crónica. Un país eficiente gobierna con dashboards, no con presunciones. Según estudios globales, los Estados que adoptan gestión basada en datos aumentan su eficiencia entre 20% y 40%. La modernidad comienza cuando la política deja de ser superstición y se vuelve ingeniería.

10. Ley de la Simbiosis Republicana

Toda reforma debe fortalecer la relación entre ciudadano, institución y territorio. La modernidad no consiste en copiar modelos extranjeros, sino en ensamblar soluciones con la ecología cultural peruana. La simplicidad simbiótica exige políticas que integren tecnología, naturaleza y comunidad en un mismo diseño. El Perú deviene viable cuando deja de enfrentarse consigo

mismo y actúa como organismo: un sistema vivo donde las partes cooperan en lugar de sabotearse. Un nuevo software republicano no se instala: se cultiva. Y ese cultivo es la simbiosis nacional.

Cuando el Perú sea de 35 millones de peruanos que se sientan como iguales entre sí, será un país grande

1. La ciudadanía es poseer un Sueño Común

Un país solo se vuelve grande cuando deja de soñarse fragmentado. El Perú crecerá cuando millones de ciudadanos proyecten un horizonte compartido, no como consigna política sino como necesidad vital. El sueño común no uniformiza: armoniza. Implica imaginar un futuro donde la dignidad no sea privilegio, sino punto de partida. Cuando todos aspiramos a vivir sin humillaciones, con oportunidades básicas y con la libertad de desplegar talento, emerge una energía colectiva capaz de transformar instituciones y territorios. La grandeza empieza cuando el sueño se vuelve un lenguaje compartido.

2. Todos somos genéticamente iguales desde hace al menos 80,000 años

Somos la misma especie, la misma hechura molecular, el mismo linaje evolutivo que cruzó glaciares y bosques. Aceptar nuestra igualdad genética desmonta la jerarquía imaginaria que aún ordena la sociedad peruana. Esta ley obliga a recordar que no existe sangre “mejor” ni apellidos que valgan más que otros. La grandeza del Perú nacerá cuando su ciudadanía deje de interpretar la diversidad como escalera social y la entienda como riqueza adaptativa. Solo cuando el país internalice que todos somos biológicamente equivalentes podrá construir instituciones donde nadie sea tratado como variable descartable.

3. El Respeto Mutuo como clave de la Arquitectura Social

El respeto no es cortesía, es infraestructura. Un país crece cuando la interacción cotidiana se vuelve un espacio seguro: donde nadie teme ser humillado por su origen, acento, color o condición. Esta ley instala el respeto como fundamento de convivencia: sin él, ninguna reforma prospera, ningún sueño se comparte. El respeto mutuo desactiva prejuicios, reduce violencia simbólica y permite cooperación. Cuando cada peruano entiende que su trato hacia otro determina la calidad del ecosistema nacional, el país pasa de la supervivencia al desarrollo. La grandeza es un pacto de trato digno.

4. Reconocer al Otro como compañero de aventura humana

Un país verdaderamente moderno reconoce al otro no como amenaza, sino como extensión necesaria del propio destino. Esta ley exige mirar al compañero de territorio —andino, amazónico, costeño, migrante— como socio de una misma aventura humana. El reconocimiento supera la tolerancia: implica validar la historia ajena y admitir que la nación existe porque millones de biografías se entrelazan. Solo así se derriban las microviolencias que fragmentan al Perú. La grandeza surge cuando la alteridad deja de ser frontera y se convierte en fuerza constructiva que amplía lo común.

5. Ser peruano es una travesía Compartida

El Perú será grande cuando sus ciudadanos entiendan que pertenecen a una misma travesía histórica: un relato colectivo donde nadie queda fuera. Esta aventura compartida no exige uniformidad cultural; exige coherencia emocional. Se trata de asumir que el destino de uno depende del destino del vecino. La aventura común transforma la competencia en colaboración, la sospecha en confianza y la indiferencia en responsabilidad cívica. Cuando el país se vea a sí mismo como equipo, pasará de improvisar a planificar, de resistir a crear, de dividirse a evolucionar.

6. El Orgullo Inclusivo es marca de civilización

El orgullo nacional no es proclamación vacía: es práctica cotidiana. Esta ley establece que el Perú solo será grande cuando cada ciudadano se sienta parte legítima del país, no huésped temporal ni sobreviviente. El orgullo inclusivo devuelve pertenencia a quienes fueron históricamente negados. Implica celebrar la diversidad como motor civilizatorio, no como anomalía. Y exige que el éxito de uno no se comprenda como derrota del otro. Un país orgulloso de todos sus rostros engendra ciudadanos seguros, y ciudadanos seguros son la base de cualquier modernización republicana.

7. Sólo eliminar el Desprecio Etnico nos hará un país viable

El desprecio —esa sombra histórica que divide al Perú en castas afectivas— es la fuerza antisistémica que frena toda grandeza. Esta ley obliga a identificarlo, desmontarlo y desactivarlo en la escuela, en la administración pública, en las relaciones laborales y en la vida diaria. El desprecio corroe instituciones, multiplica desigualdad y bloquea el sueño común. El país crecerá cuando la ciudadanía considere cualquier gesto de humillación como inaceptable, antinacional. La grandeza será posible cuando el Perú deje de mirar a ciertos peruanos como si fueran extranjeros en su propio territorio.

8. La Confianza como Capital Evolutivo

Las naciones que prosperan no lo hacen por recursos, sino por confianza. Esta ley reconoce que la confianza es la tecnología social más poderosa: reduce costos, acelera proyectos, permite cooperar sin miedo. El Perú será grande el día en que sus ciudadanos confíen en que el otro no los estafará, que el Estado no los humillará y que las instituciones funcionan para todos. La confianza convierte cualquier sociedad en organismo. Solo cuando la confianza circule como corriente eléctrica podremos emprender sueños comunes sin sabotaje.

9. La Igualdad de Sueños funda a la Nación excepcional

En una nación desigual, los sueños también tienen estratos. Esta ley afirma que todos los peruanos deben tener el mismo derecho a imaginar futuro: estudiar, emprender, crear, vivir sin miedo. La igualdad de sueños no significa que todos logren lo mismo, sino que todos parten del mismo punto moral: el derecho a aspirar. Un país grande es aquel que no castiga la ambición del pobre ni santifica la del poderoso. Cuando todos los ciudadanos tengan acceso al mismo horizonte, la grandeza dejará de ser excepción.

10. Por una Simbiosis Ciudadana

El Perú será grande cuando actúe como organismo simbiótico: un sistema donde individuos, culturas, territorios e instituciones se interdependen para prosperar. Esto exige abandonar la lógica del sálvese quien pueda y adoptar una ecología social de cooperación constante. La simbiosis ciudadana entiende que la nación no se administra por segmentos, sino como cuerpo vivo. Cuando todos aspiren al mismo bienestar colectivo, la grandeza no será un objetivo, sino el resultado natural de un ecosistema cohesionado. Somos iguales en código genético; toca ser iguales en dignidad vivida.

5. Conclusión: Nunca seremos potencia mundial, porque basta con ser un país que se quiere a sí mismo para ser grande

El Perú no necesita convertirse en potencia mundial para alcanzar su destino histórico. La idea misma de “potencia” pertenece a un imaginario exhausto: una carrera geopolítica basada en músculo militar, obsesión económica y ansias de dominación. Ese modelo —heredado del siglo XIX, oxidado por el XX y descodificado por el XXI— ya no sirve como brújula moral ni como horizonte civilizatorio. Pretender que el Perú compita en esa liga es como exigirle a la quena que suene como un cañón: un absurdo acústico y una renuncia a su propia identidad.

Lo que sí puede —y debe— aspirar el país es a algo más radical: **a quererse a sí mismo**. A reconciliar su diversidad étnica, ecológica y cultural en un proyecto de comunidad funcional. La potencia verdadera no se mide en rankings globales, sino en la capacidad de una nación para cuidarse, respetarse y organizar su convivencia cotidiana. Un país que se quiere deja de autoboicotearse, deja de celebrar la viveza, deja de confundir informalidad con ingenio. Un país que se quiere cultiva instituciones simples, ciudades habitables, escuelas que enseñan a pensar, Estados que no humillan a sus ciudadanos y ciudadanos que no sabotean lo común.

Según datos del Banco Mundial, más del 60% del bienestar humano no proviene de la riqueza material sino del capital social: confianza, cooperación, redes comunitarias. Allí, donde ninguna “potencia” suele mirar, se juega el futuro de las naciones. El Perú no necesita bases militares globales; necesita bases afectivas locales. No necesita dominar mercados; necesita dominar su propio caos. No necesita un portaviones; necesita un propósito.

La verdadera grandeza peruana no vendrá de competir con gigantes, sino de dejar de pelear consigo mismo. La potencia del Perú está en convertirse en un **ecosistema simbiótico** -ese camino que abrieron los Incas y que destruyeron los españoles sin siquiera darse cuenta- donde la ciudadanía, la tecnología, la naturaleza y la memoria conviven sin devorarse. Ser potencia mundial es irrelevante; ser un país que se quiere es revolucionario.

Carlos Palomino Medina

Ingeniero zootecnista de formación, primero aprendió a mirar el mundo desde la biología animal. Con el tiempo, esa mirada se desplazó hacia los ecosistemas humanos: sociedades que funcionan como sistemas vivos, donde cada actor influye en la eficiencia colectiva.

Su doble residencia entre Perú y Francia le ha permitido observar dos realidades administrativas, dos formas de planificar, dos ritmos de modernización. Esa comparación le da un lente preciso para identificar las brechas y oportunidades que aún frenan al Perú.

Como autodidacta persistente, ha estudiado el territorio como un fenómeno emergente, donde geografía, cultura y economía se entrelazan en patrones complejos. Su trabajo busca demostrar que la gestión racional del territorio no es un lujo teórico, sino la condición mínima para que el país convierta su patrimonio —bosques, mares, paisajes— en plataformas reales de desarrollo.

Este libro es parte de esa búsqueda: una exploración crítica y a veces irónica de cómo el Perú navega entre sus potenciales inmensos y sus absurdos cotidianos.

Ha publicado, entre otros libros, **“La Regionalización inteligente”** y **“Alto Amazonas, territorio emergente 2.0”**. Ha creado la asociación franco-peruana **Ikamaperú**, a través de la que ha impulsado proyectos de conservación, educación ambiental y manejo responsable de fauna silvestre en Loreto.

